
AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
3
PTAS
DUELO A MUERTE
POR FIDEL PRADO

AVENTURAS DE JIM TEXAS 1 — DUELO A MUERTE

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



Impreso en GRÁFICAS BRUGUERA - Mora de Ebro, 92 y 94 - BARCELONA (6)



Capítulo I

Una llamada angustiosa

Entre los varios visitantes que esperaban pacientemente en el antedespacho del Presidente del Gobierno de Wáshington aquella mañana de principios de primavera, se destacaba, por su recia personalidad, un individuo de unos treinta y cinco años. Se trataba de un tipo atractivo de hombre, de excelente estatura, fuerte, sin ser grueso, atesorando bajo su piel morena mucho músculo y poca grasa, poseía unos ojos negrísimos, grandes, profundos, de mirar sereno y simpático, pero que cuando endurecían su brillo, parecían de metal bruñido. Su nariz era recta, labios finos, pero bien dibujados, tras los que se escondía una dentadura capaz de triturar una piedra, y su mentón saliente, casi cuadrado, le denunciaba como hombre de una energía indomable. Su tipo era marcial; sin saberse por qué, podía catalogársele entre la gran pléyade de individuos que se curtieron en los campos de batalla durante la guerra de secesión, y que ahora, alejados de las luchas, aun conservaban el aire disciplinado de los campamentos.

Su atuendo era sencillo. Pantalones de sarga azul, ceñidos por las altas botas de cuero rematadas por brillantes espuelas, una camisa blanca de cuello sencillo, del que pendía una flexible chalina negra, un chaleco amarillo y, por debajo de él, el cinto de cuero repujado, del que pendía la funda de un magnífico "Colt".

Sobre su rodilla descansaba el ancho sombrero gris perla, de amplias alas, y entre sus dientes humeaba una negra pipa, que fumaba con displicencia.

Estático y sereno, no parecía demostrar impaciencia por la larga espera. Era hombre de nervios bien templados, sabiendo dominarlos cuando las circunstancias lo exigían.

Con curiosidad seguía las entradas y salidas de los visitantes, hasta que una de las veces asomó por la puerta del despacho un perfil aguileño, de cana cabellera, quien haciéndole señas con una mano para que avanzara, no siguió la costumbre establecida de llamar por su nombre a quien se le hacía el honor de ser recibido.

Cuando el visitante traspasó la puerta del despacho y ésta se cerró, el hombre del pelo canoso estrechando su mano con vehemencia, exclamó:

—Bien, Jim, no sabes con la impaciencia que te estaba esperando.

—No pude venir antes, Lewis. Estaba resolviendo asuntos en mis posesiones de California. En el momento que recibí tu extraña carta, me puse en camino y aquí me tienes.

—Gracias, Jim, no sabes lo que te lo agradezco. No soy yo precisamente quien va a recibir el favor, sino la nación entera. El señor Presidente te espera para confiarte una misión, y espero que Jim Texas, el héroe de Richmond y de tantas otras memorables acciones durante la guerra, no rehúse una vez más servir a su Patria.

—Gracias por el honor, Lewis. Tú sabes que la Patria dispone de mí y de mi vida. Creí haber cumplido ya mi misión con ella, pero si tú crees que no es así... Dispón como gustes de mí.

—Bien, pasa. El señor Presidente te dará cuenta del objeto de la llamada.

Cruzaron el pequeño antedespacho particular, penetrando en el salón donde el Jefe supremo de la nación despachaba sus asuntos.

Era una estancia grande, suntuosa, magnífica y soleada, y tras una soberbia mesa de nogal labrado, al fondo de la pieza se destacaba la figura del Presidente.

Jim se cuadró militarmente al enfrentarse con él. Era un hombre de unos cincuenta y ocho años, alto, fuerte, con una barba gris recortada y el pelo negro y crespo. En su porte había también algo rígido de militar.

El Presidente, al verle, se levantó de su poltrona, y dirigiéndose a él, dijo con voz agradable:

—Siéntese, capitán Texas. Y usted, Snok cierre bien las puertas y advierta que por hoy se han acabado las visitas. Vuelva inmediatamente —luego, dirigiéndose a Jim, añadió—: Quiero, ante

todo, expresarle mi satisfacción por conocerle personalmente. Por lo demás, sus hazañas, su nombre y su brillante hoja de servicios, me son harto conocidas, y si hubiese faltado algo para ello, su íntimo amigo Snok, ha completado muchos detalles. Ya sé que le debe la vida que usted salvó con exposición de la suya en la toma de la capital sudista.

—No tuvo importancia alguna, señor Presidente. Fué un incidente de los muchos de aquella dramática lucha.

—Bien, pero sé otras muchas cosas más, entre ellas que después de licenciado ha efectuado usted servicios muy valiosos para la nación.

—He cumplido mi deber, señor. Licenciado o no, soy un soldado de Norteamérica y mi vida pertenece a la Patria.

—Bien, eso le honra y... me temo que tenga que exponerla usted una vez más para tan sagrado servicio.

—Estoy a su completa disposición.

El secretario se les unió, cumplida su misión, y el Presidente, tomando la palabra, dijo:

—He aquí escuetamente el asunto, señor Texas:

"La nación pasa por momentos delicados, los residuos de aquella gran guerra no han sido borrados, las pérdidas, los gastos, los agobios y las deudas, en general, fueron muchos, y aunque se ha hecho bastante, queda aún mucho por hacer y ya se está intentando.

"Para levantar la economía herida y hacer que la industria y el comercio florezcan y seamos ante el mundo lo que debernos ser, se han iniciado obras gigantescas, pero no todos son buenos patriotas. No sé si la semilla del odio por la derrota aún germina en algunos corazones, o es el egoísmo, sin sentimientos políticos, el que impera, pero lo cierto es, que contra los esfuerzos del gobierno para sacar la nación adelante, hay individuos innobles y desaprensivos que laboran en la sombra para sabotear nuestro esfuerzo, producir ruina y desolación y medrar a su amparo.

"Cada obra que se inicia en beneficio de un Estado, crea ciertos intereses turbios que mueven a muchas personas a pretender ser los únicos o más beneficiados, y así, el esfuerzo se dosifica y resulta que se trabaja para los menos y los peores.

"En América se ha formado entre las sombras un trust explotador, que va a monopolizar las grandes empresas para hacerse dueños del capital, de las acciones, controlar las grandes obras y explotarlas a su capricho, con perjuicio del ciudadano.

"Así, puedo mostrarle ahora mismo informes confidenciales en los que se demuestra las maniobras sucias para apropiarse de esas grandes obras y perturbar la economía nacional.

"Usted habrá leído con pena que ha estallado una terrible huelga en los talleres ferroviarios de Reading, en Pensylvania, que está perturbando todo el tráfico rodado de la nación, que en los astilleros de Lorland, en Oregón, se ha estropeado valiosa maquinaria y han explotado bombas en los barcos en construcción, que en las minas de acero de Birmingham, en Alabama, se ha producido un terrible hundimiento que, además de paralizar la producción, ha causado centenares de víctimas, que han ardido innumerables pozos de petróleo en Oklahoma, o que se ha alterado el orden público en Utah, con motivo del escándalo mormónico... pues bien, todo eso es artificial, provocado metódicamente con un solo objeto: hacer perder solidez e importancia a las empresas y negocios, producir el pánico financiero, conseguir que bajen escandalosamente las acciones, produciendo la ruina de cientos de pequeños capitales, para que esas acciones pasen a un grupo emboscado de financieros, que luego, son los verdaderos amos de los negocios, imponen precios al alza, manejan al obrero, deprimen al industrial y al comerciante y se lucran ávidamente con la ruina de unos y el encarecimiento de las materias primas.

"De nada nos sirven nuestros confidentes. Muchos, averiguan algunos datos que nos transmiten, pero las más de las veces son descubiertos y casi todos desaparecen misteriosamente, rompiendo una cadena de informes.

"Bandas bien pagadas y organizadas de pistoleros e indeseables, cuando no de empleados que debían sernos afectos, se venden al soborno y ayudan al logro de tan turbios manejos y no hay modo de desenmascarar a los verdaderos culpables, que se escudan tras una excelente posición social, política o financiera y es difícil probar que son ellos la cabeza organizadora de este asqueroso negocio.

"Yo cuento con hombres útiles para la acción, pero con pocas cabezas para la organización. Ahí estriba todo, pues con diezmar una banda de pistoleros o detener a un par de empleados secundarios, nada se consigue. El monstruo continúa respirando y sus tentáculos vuelven a crecer.

"Hay que ir contra la cabeza, pero empleando sus mismas armas, y sólo un hombre excepcional como usted, puede llevar a feliz término esa empresa, a la que yo no le puedo dar carácter oficial, pero sí patrocinar con todos los resortes que estén en mis manos.

"Espero que me comprenda. Moralmente sé quien maneja el tinglado desde las alturas, pero moralmente carezco de las pruebas que le lleven a un banquillo. Si me excediese apoyado en pruebas morales, pero sin base criminal, el escándalo que se armaría sería enorme, por esta causa he de apelar a procedimientos subterráneos, aunque me repugnen.

"Ahora bien, la cosa no es fácil. Tiene sus peligros y lealmente debo exponerlos.

"En cuanto dé usted la cara, en cuanto sospechen o averigüen que se mueve usted dentro de su terreno, saldrán a su caza como fieras, y es un deber advertirle para que elija libremente.

"Si está usted dispuesto a hacerse cargo de ello, mi eterno agradecimiento, y si no... no por eso ha de desmerecer a mis ojos. No es una empresa militar en la que puedo mandar con poderes absolutos, es una empresa particular, aunque sea en beneficio de la nación.

Jim, que le había escuchado con profundo silencio, se levantó diligente de su asiento, exclamando:

—Estoy esperando que V. E. me diga dónde debo desplazarme y qué es lo que debo hacer.

—¿Sin reservas de ninguna especie, señor Texas?

—Con la impaciencia de cumplir esa misión que el bien de la Patria requiere.

—En ese caso, escuche. Vea este plano.

Jim se acercó a la mesa y el Presidente le mostró un plano del Estado de Texas.

—Creo que nació usted aquí y que ello le hará poseer un gran amor a esta rica región. Como usted sabe, este es el río Pecos. Cerca de Barston se está construyendo la enorme presa que ha de regar más de la mitad de la región, fructificando terrenos yermos, acrecentando la cosecha del algodón, aumentando la riqueza agrícola y ganadera y produciendo energía eléctrica para cientos de pueblos y aldeas.

"El capital para la construcción es de iniciativa privada, con aval nuestro, y mucha gente de la región ha invertido grandes sumas en adquirir acciones, no sólo porque la inversión puede ser productiva, sino porque sus ranchos, granjas y terrenos adquirirán el justo valor que la presa puede producirles.

"Pues bien, según mis informes, ahora se intenta un golpe audaz contra la presa. Hay interés en desacreditar la obra, ponerla en peligro, demostrar que no servirá para nada, sólo para adquirir las acciones a bajo precio e ir adquiriendo los ranchos y las tierras a menos de la mitad de su valor real. Cuando hayan saciado su apetito egoísta, se interesarán porque la presa resurja, pero entonces tendrán en sus manos el control de ella y habrán adquirido los mejores ranchos, los mejores terrenos y podrán imponer condiciones al riego, a la energía eléctrica y a todo lo que se derive de la presa.

"Mientras, al tiempo habrán arruinado a mucha gente que se debatirá en la miseria o apelará al suicidio, y no es noble dejar que

esos buitres se apoderen de lo que no es lícitamente suyo con malas artes.

"Como creo que habrá entendido perfectamente el alcance de mis explicaciones, no me extiendo en más consideraciones que creo innecesarias.

—Perfectamente. Me he dado cuenta de todo y sólo me falta una cosa. Saber quiénes son los tentáculos de este chantaje tan asqueroso.

—Ponga usted dos nombres por delante y todo lo que gire en derredor de ellos estará contaminado. Uno, es el alabado financiero Claudio Spack, uno de los hombres más ricos de la Confederación, y otro, Oliver Zenker.

"Este nombre le será casi desconocido, pero sepa que es su secretario, su brazo derecho y la cabeza maligna de la hidra.

"Snack preside cientos de empresas, es accionista de todo lo que produce dinero en Norteamérica y domina a todos los consejos y grupos bancarios que giran en su órbita. Con esto está dicho todo.

—¿Dónde vive Snack?

—Su residencia oficial está aquí, pero sólo se le encuentra cuando hay alguna reunión importante a la que debe asistir. Entretanto, viaja como un rajá y se mueve como una lagartija, visitando sus campos de batalla.

—¿No se sabe qué es de él ahora?

—Según confidencias, estaba a punto de partir para Texas. Quizá esté ya en camino.

—Perfectamente. Creo que si me voy a la presa, tendré el glorioso placer de tropezar allí con él.

—Es casi seguro, y si no, con su secretario.

—Bien. Pues hoy mismo tomaré el tren y saldré para Barston. Hace un año que no visito mi pequeña Patria y me será muy grato remozar mis amistades por allí.

—Y para mí será una tranquilidad saberle en campaña. Espero que si la suerte le ayuda y se resuelve esto a satisfacción, podremos ir ocupándonos de otros focos análogos. Una derrota no es para ellos la definitiva, cuando cuentan con tantos lugares donde *ases*tar golpes.

—Bien, pues, si V. E. me da su permiso, me marcho.

—Espere. Voy a darle a usted documentos acreditativos para que ninguna autoridad, sea donde sea, le niegue su apoyo y obediencia. Mandará usted como yo mismo y nadie se resistirá a obedecerle.

—Gracias, pero... quizá no haga uso de tales atribuciones. Cuento con un elemento valioso de acción directa que me acompañará y entre los dos podemos hacer mucho. Si la cosa adquiriera vuelos insospechados, cuento con algunos centenares de

hombres decididos en mis haciendas de California, que formarían un batallón capaz de tomar de nuevo Richmond si hiciese falta.

El Presidente le entregó varios documentos con los sellos oficiales y su firma, y Jim los guardó en su bolsillo. Luego, saludando militarmente, exclamó:

—Señor Presidente; mil gracias por haberse acordado del capitán Texas para esta delicada misión. Espero que tenga usted noticias mías dentro de poco y que estas noticias sean de su completa satisfacción.

—Estoy seguro de que así sucederá, señor Texas.

Este abandonó el despacho seguida del secretario, el cual estrechó su mano diciendo:

—Créeme, Jim; si algo siento, es estar atado a este cargo que me impide moverme a mi gusto, sino, ¡con qué placer me iría contigo a los espacios abiertos, donde el revólver es un argumento decisivo contra los duros de cabeza! Hace mucho tiempo que no siento la emoción del peligro y la echo de menos.

—Qué le vamos a hacer. Cada uno sigue su sino. Yo estoy destinado a pelearme con cuatreros y pistoleros, hasta que alguno me acierte bien, y debo seguir mi ruta. Lewis, que te vaya bien y hasta dentro de poco, que espero regresar victorioso.

—Yo así lo espero. Quien jamás conoció la derrota y puede tapar su corazón con docenas de cruces muy bien ganadas, no puede fracasar en esta empresa. ¡Adelante por Texas!

Jim abandonó la Casa Blanca y se dirigió al hotel, donde previamente había tomado hospedaje; allí le estaba aguardando flemáticamente uno de los tipos más pintorescos de toda la confederación.

Se trataba de un individuo grande como un oso, de pelo negrísimo y ensortijado, de labios un poco gruesos, disimulados por un bigote negro y abundante, que el interesado cuidaba con esmero. Tenía las manos como mazas, los ojos negros y brillantes, una sonrisa bonachona, que ocultaba muchas reacciones difíciles de adivinar y el acento, al hablar, le denunciaba como mexicano típico.

En efecto, lo era. Había peleado al lado de Jim durante la guerra y por dos veces Texas le había salvado la vida en acciones donde el mejicano, que se llamaba Nino Mendoza, había realizado heroicidades, sin dar importancia alguna a sus actos.

Nino adoraba a Jim, porque le aventajaba en audacia y valor y por él hubiese dado gustoso la vida sin vacilar, en compensación a haber salvado la suya.

Jim tenía una confianza ciega en su auxiliar. Este carecía de imaginación para pensar, había que darle las cosas estudiadas, pero cuando se le confiaba una misión, ni peligros ni dificultades

impedían su cumplimiento.

Nino no poseía más que un defecto, el creerse un tipo atrayente para las mujeres. Con sus cuarenta años sobre la espalda, su tipo mastodóntico y su tosquedad de facciones, se creía un Adonis, y a pesar de los mil fracasos amorosos que había sufrido en su vida, seguía creyendo que las mujeres deliraban por él y que si no había caído en las garras de alguna, era porque no le había llegado la hora, aunque en realidad las horas se le habían pasado de largo sin rozarle.

Cuando Nino vio llegar a su jefe, sonrió con su sonrisa infantil, exclamando:

—¡Oh, *manito* Texas!... ¡Ya me tenías intranquilo! ¡*Repinto*! Creí que te habían llamado para meterte preso por aquello de San Diego y estaba dispuesto a entrar a caballo en la Casa Blanca para traerte conmigo.

—¡Bah, no te preocupe aquello! Los muertos bien muertos están. Me querían para algo más importante.

—¿Sí? Dime, *manito*, ¿para qué?

—Pues se han enterado que estoy cansado de aguantarte y me han propuesto una fórmula para deshacerme de ti.

—¡No me digas, *manito*! Quisiera yo saber cómo y quién es capaz de arrancarme de tu lado.

—Pues lo vas a saber muy pronto. Creo que quieren atarte a la boca de una ametralladora y disparar hasta el último cartucho a ver cómo te parten en dos.

—Bueno, *manito*... como broma puede pasar, pero, ¿quién es el que se siente con agallas para atarme?

—Eso ya lo verás a su tiempo. Prepara los caballos que nos vamos.

—Yo no—exclamó voluntarioso Nino—. Esperaré a ver quién es el chulo que viene a atarme.

—No te preocupes que no será aquí la cosa. Obedece.

—Bueno, *manito*... ¿Dónde vamos?

—A Texas.

—Linda tierra, creo yo... ¿Qué hay por allí?

—Mucha agua para que nades.

—¡*Repinto*! Eso no... A mí el agua.

—Vamos, Nino, que se hace tarde. Prepara todo que yo voy a sacar los billetes.

—¿Para los caballos también? Pida para ellos una buena cama, ¡*repinto*!, que el viaje es largo.

—Irán en el vagón de los animales. Dentro de una hora estaré aquí.

Jim dejó a Nino rascándose la cabeza; perplejo con las cosas que

le había dicho y marchó a la estación en busca de los billetes. Un tren de la S.O.U partía al anochecer y se procuró dos billetes de primera.

Cuando regresó al hotel, ya tenía preparado el equipaje, y ambos caballos, "Huracán", perteneciente a Jim, y "Rayo", propiedad de Nino, se hallaban dispuestos.

Texas comió en el hotel, escribió algunas cartas, y a media tarde, montó a caballo y seguido del mexicano se dirigió a la estación.

Se acomodaron en un vagón casi vacío, y pacientes esperaron a que el convoy arrancase.

Cpítulo II

Una intervención oportuna

Faltaba más de un cuarto de hora para la salida del tren, cuando Nino, que había dejado bien acondicionados los caballos en el vagón furgón, regresó al departamento elegido por Jim y subió a él, pero después de echar un vistazo al interior no se sintió contento.

Los viajeros que en él se habían acomodado eran todos hombres, ni unas faldas para distraer el largo viaje se le brindaban, y el inquieto mexicano decidió echar un vistazo a los departamentos contiguos, en busca de uno que le brindase una más grata compañía.

Dos vagones, más adelante, se sintió contento. Solamente había en él una pareja de muchachas jóvenes, muy lindas las dos, y a Nino le pareció un plan maravilloso unirse a las viajeras.

Volvió al vagón, y tirando del brazo de Jim, dijo:

—Vamos, *manito*, esto es más aburrido que una taberna sin *whisky*. En un vagón inmediato he descubierto dos *chulas* que... ¡*repinto*! son como un copetín con melaza. Vamos, *manito*, que te juro que te van a gustar. Jim, muy preocupado con su misión, contestó:

—Déjame, Nino, tengo cosas más graves en que pensar.

—Bueno, ¿por qué no? Mientras piensas y... te inspiras, creo yo.

—Tú crees muchas tonterías, Nino... Hasta la de creerte guapo.

—Bueno, *manito*, pero tú no eres opinión. Me lo han dicho muchas y ellas saben lo que se dicen, creo yo.

Insistió tanto, que Jim, porque le dejase en paz, accedió. Le dejaría hacer el ridículo con las muchachas, mientras él se entregaba al estudio de los planes que debía llevar a efecto para su más completo éxito.

Acababan de descender para dirigirse al nuevo vagón, cuando se adelantó a ellos un tipo alto, fuerte, vistoso, vestido con el atuendo de los vaqueros del Oeste. Parecía un hombre enérgico y lucía a la cintura un "Colt" del 45, que se balanceaba como un péndulo.

El individuo arrojó por una ventanilla el petate de ropa que llevaba en la mano, sin pararse a pensar que podía estrellarlo sobre alguien, y alcanzó de un salto felino el estribo, desapareciendo en el interior del vagón.

Nino lanzó una maldición, comentando:

—¡Maldita sea Sonora!... Ya se nos ha adelantado un tipo

fanfarrón. Me temo que nos va a estropear el viaje, creo yo.

—Te lo estropeará a ti. A mí no me interesan en este momento las damas...

Llegaron al vagón y Jim fue el primero en ascender, pero apenas había alcanzado el pasillo de entrada, captó una voz enérgica de mujer, que gritaba con indignación, al tiempo que una risa ronca de hombre vibraba sobre los indignados gritos.

Jim se asomó al interior descubriendo a las dos muchachas de quienes le había hablado Nino, puestas en pie, y ante ellas, vuelto de espaldas a Jim, al viajero que acababa de ganar el vagón. Eran las tres únicas personas que le ocupaban.

En el rápido vistazo que Texas echó a los viajeros, descubrió que las dos muchachas no eran unos tipos vulgares. Vestían con elegancia y una contaría unos veintiocho años y la otra veintitrés.

La mayor era una morena de ojos negros y duros, de barbilla enérgica, de manos finas pero nerviosas, y su cabellera negra, un poco ondulada, brillaba como el ala del cuervo.

Su compañera era rubia como un campo de trigo, con los ojos muy azules y muy grandes y la tez blanquísima. Parecía mucho más apocada y en sus pupilas muy abiertas se reflejaba un aire de candor que contrastaba con la fiereza de los ojos de su compañera.

Esta, altiva y valiente, tenía en las manos el petate del vaquero, y con acento cortante, le decía:

—Es usted un grosero y un mal educado. En el Oeste será costumbre maltratar a la gente arrojándole bultos a la cabeza a través de las ventanillas de los vagones, pero aquí es una grosería digna de un mal vaquero como usted.

El individuo reía agriamente, sin tomar en consideración las quejas de la muchacha, y ésta, rabiosa ante la risa insolente de él, levantó el brazo y arrojando a través de la ventanilla el petate, gritó:

—Ahora se molesta usted en bajar y lo introduce por donde lo hacen todas las personas que andan a dos pies.

La acción no pareció hacer mucha gracia al vaquero, porque, dejando de reír, se adelantó a ella, diciendo:

—Oiga usted, preciosidad, me llamo Orson Lanley, aunque algunos me llaman "Bala rasa", y jamás he consentido a hombre ni mujer que me haga un desprecio ni una humillación, por lo tanto, la que se va a apear a recoger mí equipaje y a traérmelo aquí de rodillas es usted, o le haré salir por el mismo sitio por donde ha lanzado mi petate.

La joven, furiosa y valiente, gritó:

—¡Quisiera verlo!

—Pues lo verá usted, monada, si tarda dos minutos en obedecer

mi orden.

La joven, ante el tono imperativo y amenazador de Lanley, se replegó hacia atrás, cerca de su compañera, que temblaba de miedo y trató de abrir su bolso para extraer de él algo —quizá un pequeño revólver— pero el vaquero saltó sobre ella y, aferrándola por las muñecas, gritó:

—Ya está usted bajando por el petate o...

No terminó la frase. El duro brazo de Jim, como una tenaza, se estiró, le asió por el cuello de la camisa, tiró de él hacia atrás obligándole a dar vuelta, y mirándole fijamente a los ojos, ordenó:

—Póngase de rodillas, pida perdón a las señoritas por su grosería, y luego, baje por su asqueroso atuendo y búsquese el vagón más alejado que encuentre, bien entendido de que si no lo hace así, le aplastaré la boca a puñetazos.

Lanley, asombrado de aquella intervención, y de semejante amenaza, quedó un momento confuso, pero súbitamente, se revolvió, de un tirón brutal se desasió de la presión de Jim y con una velocidad pasmosa, llevó la mano a la cintura en busca del revólver, pero antes de que su mano alcanzara la pistolera, el puño de Jim se le había incrustado en la cara, haciéndole caer de espaldas en el vagón, casi a los pies de las muchachas, que lanzaron un grito de espanto.

Lanley, duro como una roca, se incorporó e insistió en sacar el revólver, pero ahora, un enorme puntapié administrado en la mano, le obligó a emitir un aullido de dolor y a desistir del empeño sin darse por vencido.

Medio inclinado sobre el piso del vagón, se estiró, tratando de tomar a Jim por los pies y hacerle caer, pero Texas, que no le perdía de vista, evadió el intento, y con el duro tacón de su bota le machacó los dedos, cosa que acabó de enloquecer al vaquero.

Pero como Jim presumía que el espectáculo era demasiado violento para desarrollarlo delante de dos muchachas del Este, decidió terminar de una vez, y atenazándole de nuevo, lo elevó en el vacío con intención de arrojarle por la ventanilla.

Pero Nino, que en la puerta del vagón había asistido a la escena con la mano apoyada en la culata de su revólver, aunque sin intervenir en aquel divertido espectáculo, saltó como un mulle, interponiéndose para exclamar con acento compungido:

—¡No *manito*, por la Virgen de Guadalupe! No hagas eso... Préstamelo para acá un ratito que yo me divierta también, ¡*repinto*!...

Jim, como el que arroja una pelota, volteó a Lanley, que fue a caer entre los recios puños de Nino, el cual le tomó por la cintura como a un muñeco, le suspendió en el vacío y, tirando del anudado

pañuelo que el vaquero llevaba al cuello, hizo tan terrible presión, que medio le ahogó.

El cowboy pataleaba en el vacío grotescamente y Nino, cuando se cansó de apretar, aflojó la presión diciendo:

—Bueno, muchacho, creo yo que por esta vez llevas bastante... ¿Tú sabes lo que es ofender a una señorita donde hay hombres de verdad? Te aplastaría o así, si no fuera porque se iba a manchar el vagón con tu repodrida sangre.

Le escupió groseramente al rostro y, levantando el brazo, le arrojó a varios metros a través de la abierta puerta, en el momento justo en que el tren arrancaba.

Lanley rodó como una pelota, en medio del asombro de los que quedaban en el andén, y Nino, ya no pudo ver el final, porque el convoy, tomando velocidad, ganó terreno. Las muchachas, que habían asistido a la escena llenas de asombro y de angustia, respiraron con desahogo, cuando se supieron lejos del grosero vaquero, y la morena, adelantándose a Jim, afirmó:

—Son ustedes hombres de temple. Muchas gracias por su oportuna intervención. Sin su ayuda, ese salvaje me hubiese obligado a bajar a buscar su petate.

—Eso creo yo—aseguró Jim—. De todas formas, lo hecho no tiene importancia. Cualquier caballero hubiese hecho lo mismo.

—¡Y nosotros somos dos caballeros! —intervino Nino.

—Les repito las gracias en nombre de mi prima y en el mío. Yo me llamo Vera Spack, soy hija del conocidísimo financiero Claudio Spack y esta es mi prima Stella Sanders.

Jim sufrió un estremecimiento al oír los nombres. El destino tenía caprichos muy extraños y uno era aquel de haberle enfrentado con la hija y sobrina del hombre al que debía combatir a muerte.

Pero quizá aquella coincidencia fuese una suerte aprovechable y Jim decidió mantenerse en guardia ante los acontecimientos que podían desarrollarse.

La muchacha al observarle callado, preguntó:



...el puño de Jim se había...

—¿Es indiscreción preguntar a quién debemos tan valiosa ayuda?

—¡Oh, no! Me llamo Jim... Este se llama Nino.

—¿Jim, a secas ?—insistió Vera.

—Bueno, no... Pero el apellido da lo mismo. Allá en el Oeste...

Nino, asombrado, iba a abrir la boca para declarar el apellido de Jim, pero éste, rápido, se le adelantó diciendo:

—No abras tanto la boca, Nino, que se te va a llenar de moscas. Tú eres capaz de sacar a relucir todo tu árbol genealógico y sería muy pesado.

—¡Qué árbol ni qué *repinto*!... Yo soy...

—Tú eres un indeseable que debes ocultar la nariz, pues en cuanto la vea algún *sheriff* de los muchos que te buscan por pistolero, te meterá en la cárcel. Cállate y no vociferes.

Nino, amoscado, se calló lanzándole miradas furiosas y la joven, adivinando que Jim no daba su nombre por modestia y no por miedo, pues su traza no era de facineroso, exclamó:

—Es igual, señor. Agradezco su modestia. No pensaba ofrecerle un puñado de dólares por la hazaña.

—Pues no pruebe, señorita Vera. Yo no los tomaría, pero mi compañero que es salteador de Bancos y cuatrero, sería capaz de *ases*inarla si supiese que llevaba usted encima más de dos dólares.

Nino, más rojo que una artemisa, le lanzaba unas miradas furibundas y no pudiendo contenerse, rugió:

—*Güeno*, *manito*, como broma bien está, creo yo. A lo mejor se figuran que es cierto estas señoritas, y…

—Pues eso es lo que deseo, que se lo crean, para que se pongan en guardia contigo y cállate ya o te denuncio en la primera estación que paremos.

Nino, rabioso, se acurrucó en un rincón del asiento, se cubrió la cara con el sombrero, para no sufrir el sonrojo de las ávidas miradas que le lanzaba Stella, y Jim, sonriendo en silencio, exclamó:

—Bien, señoritas. Celebro que todo: haya quedado en un espectáculo divertido y que esto anime un poco el viaje. ¿Van ustedes muy lejos?

—A Texas.

—¡Qué casualidad, nosotros vamos allí, también! ¿Harán solas tan largo viaje?

—¡Oh, no! Mi papá se nos unirá en Lynchburg, en Virginia. Ha tenido que ir allí a resolver un asunto. ¿Y ustedes, van en plan de negocios?

Jim miró de reojo a Nino y contestó:

—¡Phs! Nino se ha empeñado en que allí se pueden asaltar impunemente seis o siete Bancos y una docena de ranchos y por darle gusto…

Nino se agitó en el asiento, nerviosamente, levantó un momento el sombrero, miró a Jim de una manera *ases*ina y volvió a cubrirse la cara, mientras las dos muchachas rompían a reír estrepitosamente.

Aquel diálogo intencionado pareció atraerles con honda simpatía y Jim, amable y cortés, se dedicó a charlar sobre el Oeste, sus ranchos, sus habitantes y sus costumbres, sin que Nino se atreviese a intervenir en la conversación.

Pero hábilmente llevó la charla al terreno que le interesaba para sonsacar a Vera el motivo de su viaje y poder averiguar algo de las actividades de su padre. Vera no parecía muy enterada de los negocios de Spack o no quería descubrirlos, pues se limitó a decir que iban a cierto lugar de Texas donde el financiero tenía intereses vitales y que como les agradaba viajar les había ofrecido llevarlas con él. Cuando se hizo de noche, Vera preguntó a su prima si quería pasar al vagón restaurante a cenar y la muchacha se limitó a decir:

—Como tú mandes, Vera.

Ésta se volvió risueña a Jim, preguntando:

— ¿No vienen ustedes?

Jim se excusó:

—Perdóneme, pero no me atrevo. Mi compañero es un coyote comiendo. Sorbe como un aspirador y se limpia los labios con la manga de la chaqueta. Se me indigestaría la cena.

Vera rió divertida y Stella miró a Nino como si se tratase de un bicho raro.

Cuando ambas desaparecieron del vagón, Nino se descubrió, arrojó el sombrero al suelo y después de patearlo con furia, rugió:

—¡Por la Virgen de Guadalupe, *manito*! ¿Qué te he hecho yo para que me trates así delante de esas *chulas* lindas? ¡Eso no es decente, *manito*, creo yo!

—Yo creo que sí, Nino. Tú eres un indiscreto que en seguida abres la boca para soltar todo lo que tienes dentro. Si tuvieses cabeza como lengua, serías un genio.

—Bueno va, no me digas... Yo tengo cabeza, creo yo.

—Tienes cráneo, pero no contenido. Escucha y apréndete esto. De aquí en adelante eres mudo.

—¿Mudo yo?

—Sí, cuando te pregunten algo, habla de la luna y del sol, pero no contestes a lo que te pregunten. Déjame que hable por ti.

—Bueno va, pero...

—Ni media palabra más. Has de saber que vamos a Texas a deshacer un sucio negocio, en el que nuestro pellejo peligra y sabrás, también, que el padre de esa señorita es el granuja más grande de toda la Confederación. Por eso no he querido dar nuestro nombre y les he dejado en la duda sobre quienes somos.

—¡Oh, *manito*, eres grande como el monte Shasta! Te juro que desde ahora yo no soy yo. Soy Bill "El Nino", Jesse James, Sam Bass o Wild Bill.

—De acuerdo. Tengo una idea y voy a ver si cuaja.

—¿Cuál?

—En una estación próxima se nos unirá el padre de la muchacha. Si fuera posible, le haría creer que somos dos indeseables o dos aventureros que venderíamos nuestros revólveres por cinco dólares. Quizá esto le animase a contratarnos y nos metería él mismo dentro de su ratonera.

—¡Eres grande, maniato!... ¡Sería algo divertido, creo yo!

—Pues cierra el pico y déjame hacer. Ahora, si quieres, vamos a cenar con ellas.

—Bueno, pero... El caso es que ahora... yo... no me atrevo a decirlas nada... así... ¿cómo diría yo? amoroso y...

—Más vale que te lo guardes. Tus suspiros amorosos apagarían los quinqués del vagón restaurante. Vamos.

Llegaron al comedor, donde ya las dos jóvenes habían tomado asiento en una mesa junto a una de las ventanillas. La noche se presentaba azul y a través del empolvado vidrio desfilaban los árboles como fantasmas y algunas luces rojizas brillaban en la lejanía.

Vera, sonriendo, preguntó:

—¿Se han arrepentido ustedes?

—Sí. Nino me ha jurado por todos sus heroicos y ahorcados antepasados, que soplará la sopa con distinción y que por una vez procurará emplear la servilleta.

—En ese caso, siéntense aquí. Hay sitio.

Jim se sentó junto a Vera, mientras Nino lo hizo al otro lado, cerca de Stella, y fue tal el suspiro que lanzó, que Jim se apresuró a exclamar:

—¡Cuidado con los quinqués, Nino, que se pueden inflamar!

Capítulo III

Texas acepta una proposición

Después de una cena agradable en la que Nino tuvo que realizar esfuerzos desesperados para comportarse un poco elegantemente en el comedor, volvieron al vagón, en el que la conversación se reanudó durante un buen rato.

Jim, a pesar de que Vera acaparaba o pretendía acaparar toda su atención, no dejaba de observar de reojo a Stella, descubriendo que la muchacha parecía cohibida delante de su prima y sin atreverse a terciar en la conversación.

Dos o tres veces que lo hizo y a Vera no le pareció adecuado lo que dijo, la reprendió con acritud, obligando a la joven a replegarse en un mutismo violento y Jim terminó por hacerse una idea aproximada del carácter de Vera, juzgándole agria, dominante y áspera con la muchacha, a la que parecía no tener un afecto muy familiar.

A Jim le extrañó aquella diferencia y se propuso averiguar el misterio familiar que les separaba. Diríase que Stella era la Cenicienta de una casa rica y poderosa, en la que se hallaba recogida poco menos que de caridad. Vera, por su parte, atraída por el porte viril de Jim, por su charla amena y su aire distinguido, creyó adivinar en él algo más que lo que fingía y suavemente, trató de sonsacarle detalles de su vida y de su futuro, sin que él dejase traslucir nada de cuanto le interesaba, cosa que parecía encrespar subterráneamente a la millonaria. Por su parte, Nino realizaba violentos esfuerzos, permaneciendo callado. Fingía dormir, pero devoraba con los ojos a Vera y hasta a escondidas se había permitido hacerla algún guiño expresivo que no obtuvo éxito.

Después de una velada que se dilató bastante, Vera sintió sueño y decidió pasar a ocupar la litera que tenía reservada para ella y su prima. La joven, graciosa y dinámica, se despidió efusivamente, diciendo:

—Supongo que podremos dormir tranquilas teniéndole a usted como ángel guardián de nuestro sueño. Espero que su amigo se reporte y no se sienta tentado por el puñado de dólares que guardan nuestros bolsos.

Jim besó su mano g*alante*, diciendo

—No se preocupe. Ahora le pongo un par de esposas a los pies y otras en las manos y espero que se muestre tranquilo. Ya está

acostumbrado a lucir esta clase de joyas.

Vera rió la broma y Stella siguió mirando a Nino con aprensión. No acertaba a discernir si todo era una pura fantasía, o podía existir algo real en las afirmaciones de Jim.

Cuando las muchachas se retiraron, ambos se dispusieron a conciliar el sueño. Hasta pasadas bastantes horas, no llegarían a Lynchburg, en Virginia y necesitaban un poco de reposo.

Nino, que a pesar de todo no se avenía mucho con las bromas de su jefe, suplicó:

—Va bueno, *manito*, pero creo yo que te pasas, ¡*repinto*! la muchacha me va a tomar por un pistolero o así.

—¿Y qué pierdes con eso? No irás a decir que eres un obispo mormón.

—¡Oh, no, claro que no!... pero me estás pisoteando a los ojos de esa *chula* tan relinda...

—No te preocupes, mañana le diré que eres el director del "Unión Pacífico" que viajas disfrazado de vaquero.

Durmieron bastante bien a pesar del traqueteo del tren y muy avanzada la mañana volvieron a reunirse con las jóvenes en el restaurante a la hora del desayuno.

Vera, muy contenta, advirtió:

—No tardaremos en llegar a Lynchburg. Tengo ganas de estar allí para presentarle a mi padre y contarle lo ocurrido. Se alegrará mucho de conocerle.

—El gusto será el mío, señorita, pero creo que no merece la pena llamar la atención sobre nuestras personas. Nino, por ejemplo, se ruborizaría.

—Bueno va, *manito*—repuso el mejicano—. No me hagas cosquillas en la mano, porque en seguida se me bajan al revolver y... bueno, tú sabes lo que eso quiere decir, creo yo.

—¡Oh, claro! Hace mucho tiempo que no lo usas y estás perdiendo facultades. Espera que lleguemos a Texas y yo te buscaré dónde gastar todo tu caudal de plomo.

Vera, que se divertía mucho con el mejicano, exclamó:

—Oiga, Nino, ¿por qué no nos cuenta alguna de sus hazañas? ¡Le juro que seremos discretas y no se lo diremos a ningún *sheriff*!

—¡Oh, pues claro! ¿Cómo no? ¿Cuál les cuento, Jim?

—Pues... cuéntales cómo asaltaste el Banco Nacional de Sacramento.

—¡Claro está! Fué algo divertido, creo yo. Me presenté en la ventanilla cuando había más de cien ganaderos o así y poniendo el sombrero en la ventanilla les dije:

"*Manitos*, necesito veinte mil dólares no más para comprarme comida para mi revólver. No sean chulos y dejen ahí los papelitos o

me fajaré a tiros con todos hasta no dejar uno para contarlo, ¿saben?".

"Bueno, fue algo grande, creo yo. En diez minutos o así, el sombrero estaba lleno de papeles de a cien dólares cada uno, pero aquello me pareció poco y metiendo la cabeza por la ventanilla, le dije al cajero, que estaba *muertesito* de miedo:

"—Oiga, pringa, sáquese los *calsones* si se le caen del susto y deme un par de esos papeles de cuatro cifras. Ándese y no pierda tiempo, que me están esperando con el tocino al fuego y se va a churruscar".

"El hombre tuvo sus dudas, ¿cómo no?, pero terminó por darme dos de los más pringosos y cuando volví la cabeza, ¡*repinto*! alguien se había alzado con el sombrero y la recaudación, dejándome sin blanca...

Vera rompió en una carcajada y preguntó:

—¿Qué hizo usted entonces?

—Pues... no lo recuerdo bien, pero me parese que dejé el Banco como para levantar otro nuevo...

Era aproximadamente la hora del mediodía, cuando el tren penetró en la estación de Lynchburg donde debía detenerse un cuarto de hora.

Vera, impaciente, había tomado posesión de la ventanilla que caía a la parte del andén, asomando imprudentemente la mitad de su cuerpo, mientras Stella acurrucada en un rincón del cómodo asiento, parecía entregada a dolorosas reflexiones.

Jim se sentó cerca de ella y en voz baja preguntó:

—¿No se asoma usted también? Hay lugar para las dos.

La joven miró a Vera con miedo y luego musitó:

—Me echaría de ahí. No le gusta que le hagan sombra y por otro lado, tampoco mi tío es muy... muy expresivo conmigo. Es mejor dejarlo así.

—¿Qué sucede? ¿Acaso no es usted grata en la casa?

—No creo que mucho, señor. Sería una historia muy larga y más vale dejada.

El tren se detuvo. Vera dio un grito de llamada y Jim abandonando el asiento hizo una seña a Nino para que estuviese preparado y esperó con curiosidad.

Vera se separó de la ventanilla corriendo al pasillo y ambos la oyeron gritar:

—¡Papá, papaíto, aquí estamos!

Se captó el chasquido de dos besos y poco después Vera aparecía en el interior del vagón del brazo de un tipo, que de no saberse quién era, no hubiese llamado la atención en parte alguna.

Se trataba de un individuo de estatura menos que mediana,

calvo hasta las sienes, de cuerpo delgado aunque nervioso. Su cara era inexpresiva, pues sus ojos hundidos y pequeños, se ocultaban tras los vidrios de unos lentes. Tenía una nariz afilada, los labios delgados y los brazos muy cortos.

Vestía con afectada elegancia y lucía sobre el chaleco una gran cadena de oro macizo con un brillante como dije en forma de pera.

Vera, muy ufana, dijo:

—Les presento a mi papá, el gran financiero Claudio Spack. Papá, este señor es Jim y este su amigo Nino. Los dos nos han prestado un servicio inestimable.

Spack pareció querer taladrar con la mirada a Jim y luego, con voz incolora, aunque de tono agudo, comentó:

—¡Ah! ¿Sí? ¿Qué fue ello, querida? Cuéntame...

—¡Oh, una cosa terrible, papaíto! Al salir de Washington subió al tren un vaquero salvaje que nos arrojó su petate por la ventanilla dándonos en la cara. Le afeé su conducta y para castigarle arrojé su equipaje por donde había entrado para obligarle a bajar por él y mostrarse correctamente, pero el salvaje me quiso obligar a que fuese yo en su busca y como me negué, quiso arrojarme por la ventanilla.

"Entonces llegó Jim y le machacó la cabeza y la cara a puñetazos, no dejándole usar el revólver. Luego se lo entregó a Nino, quien le acabó de dar lo suyo para terminar por arrojarle como un guiñapo al andén. Fué cosa grande, papá.

Spack, que la escuchaba atentamente, exclamó:

—Bueno, hijita, eres demasiado expresiva tratando a la gente. Jim... Nino... eso es muy familiar. Estos caballeros tendrán sus apellidos y debes tratarles más g*alante*mente.

Ella se revolvió, diciendo:

—¡Si no sé más, papá! No han querido darme más nombres.

Spack, intrigado, se adelantó a Jim diciendo:

—Bien, caballero, si es así, respeto su reserva y les doy las gracias por su acción benemérita.

—No tuvo importancia, señor. Fué un incidente vulgar.

—Sí, pero... me alegraría saber quién ha sido el grosero indecente que hizo eso, para...

—¡Oh! Si quieres el nombre puedo dártelo—se apresuró a decir Vera. Nos lo dijo. Se llama Orson Lanley y dijo que jamás, hombre o mujer le había hecho objeto de una humillación.

El rostro de Spack palideció, se quedó un momento dudando y luego, rehaciéndose, murmuró:

—¡Lanley! Bueno, lo retendré en la memoria por si acaso.

Su alegría parecía haber sufrido un apagón con aquello, pero dominándose se dirigió a Stella, diciendo:

—¿Qué hay, Stella, cómo estás?
—Muy bien, tío. ¿Y usted?
—Yo bien... Bueno, creo que el tren va a arrancar. ¿Se quedan ustedes o continúan?
Jim se apresuró a afirmar:
—Seguimos. Vamos a Texas.
—¡Oh, eso es bueno! Nosotros también vamos allí. ¿A qué parte se dirigen?
Jim se encogió de hombros diciendo con vaguedad:
—Pues... realmente aún no lo hemos decidido. Todo depende de ciertas circunstancias.
—¿Conocen bien Texas?
—Como la palma de nuestra mano.
El financiero no dijo más y durante un rato, se entretuvo en charlar con su hija, pidiéndole detalles de cómo iban las cosas en Wáshington.
—Bien, papá... Por cierto que en mi maletín te traigo toda la correspondencia que ha llegado estos días. Ya te la daré.
—Bueno, hijita. La miraré más tarde y cuando lleguemos a Memphis, en Arkansas, se la entregaré a Zenker. Subirá al tren en la divisoria.
A la hora de la comida, Spack pasó al restaurante con su hija y Stella, dejando solos a los dos aventureros.
—¿Qué te parece el tipo?—preguntó Jim.
—¡Oh! ¡Si es una cucaracha! ¿Por qué no le haces aplastar de un pisotón o así?
—Porque armaría mucho ruido al chascar, Nino. Tiene debajo de la cáscara muchos millones y mucha influencia.
—Bueno, creo yo que la puede emplear para su entierro.
—No nos conviene. Déjale a ver qué hace. Lo ideal sería que nos creyese útiles para sus planes.
—¿Quieres que le aplique el revólver a las orejas para convencerle con el ruido?
—No. Déjale que él tome una determinación. Si no...
Cuando el millonario terminó su almuerzo, regresó al vagón en compañía de las dos muchachas y Jim con Nino, pasó a ocupar sus vacíos asientos.
Era mediada la tarde, cuando Spack dirigiéndose a los dos aventureros propuso:
—¿Me aceptarían ustedes un *whisky* o una ginebra? Tendré mucho gusto en invitarles.
Jim aceptó y los tres se dirigieron al vagón restaurante que en aquellos momentos se encontraba vacío.
Spack buscó una mesa en un rincón próximo a una ventanilla y

pidió la bebida. Una vez servidos y cuando el camarero se había alejado, Spack, tras un momento de reflexión, exclamó:

—No me gusta ser indiscreto, señores. Conozco el Oeste y sus leyes. Sé que cuando un hombre no habla, no se le debe preguntar, pero me han interesado ustedes. Lo que han hecho con mi hija y mi sobrina es algo excepcional que merece agradecimiento, sobre todo teniendo en cuenta con quien lo han hecho.

—No le comprendo—advirtió Jim.

—Me comprenderá cuando le diga que sé quién es ese Lanley con quien han peleado ustedes.

—¿Cierto? Yo le desconozco. No he andado mucho por esta región y aunque conozco a bastante gente que... bueno... que es de cuidado, no sé quién es Lanley.

—Pues Lanley, más conocido por "Bala rasa", pues tiene un revólver que es un rayo, capitanea una partida de gente bronca un tanto al margen de la ley. Goza fama de invencible y por ello, su hazaña es meritoria.

—¡Ah, bien! Eso no tiene nada de particular. Me he enfrentado con muchos hombres de su especie... y aún estoy vivo.

—Lo cual quiere decir que son ustedes hombres de acción.

—No somos mozos de tren, precisamente —afirmó con vaguedad Jim.

—¿Manejan ustedes bien el revólver?

—Me temo que algo mejor que los puños —y mostraba los suyos duros y poderosos.

—¿Y van ustedes a Texas en busca de trabajo?

—A eso vamos, poco más o menos.

—¿Qué clase de trabajo? —insistió Snack.

—¡Oh! Eso es muy elástico... Podía ser que fuésemos buscando uno y aceptásemos otro. Dependería de muchas cosas.

—¿De dinero, sobre todo?

—Me temo que sí. Los ranchos pagan mal, quizá los conductores de ganado lo hagan mejor...

—Sí, pagan más, pero... no creo que sea una cosa grande.

—¡No, no lo es, maldita sea mi estampa! —exclamó Jim—. No es paga para hombres duros que se juegan la vida cada minuto durante tres meses en la ruta de Texas.

Spack, después de un instante de duda, dijo:

—Quizá yo podría darles trabajo adecuado y bien remunerado, pero... todo depende de sus escrúpulos.

—¿Quiere explicarse? —preguntó Jim seriamente.

—Bien, no se trata de cosas en las que los *sheriffs* tengan motivo abierto para intervenir. Es algo más fino...

—Bueno, podría convenirnos.

—Quiero advertir, que es algo que no entenderían, pero tampoco es preciso. Le diré que hay una lucha comercial a decidir por fuerza y astucia. Necesito hombres duros y de acción para ello. Yo les respaldo si en algún momento se les va el gatillo del revólver, ¿me entiende?

—En parte, pero eso es lo de menos. Si usted paga bien y sale fiador, lo demás nada importa.

—En ese caso, creo que nos podremos entender. ¿Cuánto necesitarían para entrar a mi servicio?

—¡Phs! Estábamos decididos a sacar mil quinientos entre los dos, por mes.

—Es mucho, pero si saben justificarlo doy dos mil para los dos.

—Aceptado, ¿verdad, Nino? ¿Te hacen los mil?

—Si tú te conformas... Tenía algo pensado muy bueno para ser más, pero... si aquí hay menos exposición, creo yo que se podría aceptar.

—Exposición puede haberla, pero en otro sentido. Una bala bien dirigida no la detiene nadie.

—Eso es lo de menos. De algo hay que morir.

—Bien. Entonces, no se hable más. Los dos mil dólares para los dos y seguramente una prima en trabajos difíciles. Usted parece hombre ducho en mandar... Tengo gente que necesita una cabeza y un brazo. La pondré a sus órdenes.

—Bueno, eso me agrada más.

—Pues cuando lleguemos a Texas, les daré instrucciones. Ahora vamos directamente a Barston, donde se construye la presa. Allí tendré trabajo para ustedes.

—Magnífico. Estamos a sus órdenes.

Apuraron los *whiskys* y se volvieron al vagón. Spack se reservó decir a su hija nada de lo tratado y Jim le imitó callando la entrevista.

En el vagón tomaron asiento algunos viajeros que iban a Arkansas, en su mayoría granjeros y labradores de la feraz región triguera y esto contribuyó a que no se hablase de nada que pudiese afectarles directamente.

Hicieron una larga parada en Knoxville, en Tennese y se dirigieron directamente a Memphis.

Cuando al siguiente día penetraban en la hermosa estación de dicha capital, Jim, que iba asomado curiosamente a la ventanilla, descubrió en el andén un tipo que le llamó grandemente la atención. Era alto, fuerte como un roble, tenía la cabeza y el mentón cuadrados, denunciando su origen alemán y representaba unos cuarenta años.

No era mal parecido y hasta emanaba gracia en los

movimientos, pero poseía unos ojos duros, una nariz un poco judaica y mostraba un aire dominante de hombre acostumbrado a tornar resoluciones enérgicas y a no retroceder ante ningún obstáculo.

Jim le examinó atentamente. Parecía como si quisiera recordar aquella fisonomía peculiar, pero tras forzar su memoria, fracasó. Quizá fuese el aspecto especial del sujeto el que le sugestionaba haciéndole creer que le había visto en alguna parte.

Cuando el tren se detuvo, el individuo que lo requisaba con mirada aguda, sonrió expresivamente y se corrió a un lado hasta ponerse debajo de las ventanillas del vagón ocupado por Jim y la familia del financiero. Vera asomada a una de ellas, saludaba con la mano y el individuo se adelantó a estrecharla efusivamente, desdeñando la del millonario que le había sido tendida, también.

Cuando hubo saludado a Vera, se acercó a Spack y estrechó su mano, preguntando:

—¿Todo bien, señor Snack?

—Todo... Hay algunas novedades que ya le contaré, pero no hacen variar gran cosa nuestros proyectos. Suba usted.

Mucha gente se apeó allí y el vagón donde viajaba Jim quedó de nuevo vacío.

El recién llegado ascendió, con un maletín y una maleta que dejó en el pasillo y Spack, tomándole del brazo, preguntó a su vez:

—¿Y usted, Zenker, tiene alguna novedad que contarme?

—No. Vengo de allí. He tomado algunos informes y he hecho ciertas gestiones provechosas. Creo que la cosa saldrá muy bien.

—Me alegro. Es un negocio que puede ser colosal. Ahora venga al restaurante. Tengo que hacerle una presentación, pero antes quiero informarle de todo.

Pasaron los dos solos al restaurante y ante una botella de *whisky*, Spack habló:

—Ha sucedido algo que por poco varía nuestros proyectos. En Wáshington el salvaje de Lanley, al que había contratado para capitanear los hombres de la presa, al subir al vagón tuvo una escena desagradable con mi hija a la que no conocía. El caso es que la hizo objeto de una agresión que por fortuna no realizó, porque alguien que acababa de subir al vagón le dio una buena paliza y terminó por arrojarle como un guiñapo a la vía.

Zenker, asombrado, exclamó:

—¡No me diga! Me cuesta trabajo creer que hombre alguno pueda tratar así a "Bala Rasa". ¡Pero si es el hombre más duro y más rápido con el revólver!

—Pues así fue, Zenker, lo cual demuestra que los hay más duros.

—Quisiera saber quién es ese tipo.

—Ahora se lo presentaré, aunque yo también quisiera saber quién es. De todas formas, sé que es un aventurero de los que saben poner precio al revólver. Apenas le sondeé me di cuenta de ello y no me costó trabajo contratarle. Pidió mil dólares para él y mil para su compañero, que es un mejicano más grande que el monte de Santa Cruz, pero creo que vale la pena de que sustituya a "Bala Rasa".

—Si realmente es como usted dice, creo que no ha hecho mala adquisición. De todas formas, le veré.

—Claro que le verá. Ahora se lo presentaré. Tiene un tipo excelente y adivino que sirve para mandar. Ahora dígame sus noticias.

—Ya le digo que son buenas. Nuestros hombres han provocado ya algunos accidentes en la presa, que han desmoralizado a los optimistas. Por otra parte, se han hecho circular rumores de que el terreno no se presta para la presa por lo poroso y que las filtraciones van a provocar catástrofes terribles. Con esto, queda preparado el terreno para otras mayores.

—Sí, pero... las catástrofes provocadas con violencia suelen salir a flote. Convenía más las de carácter técnico.

—De eso me he ocupado. El ingeniero jefe ya es nuestro. Me ha costado doscientos mil dólares convencerle, pero él hará que las mezclas carezcan de solidez, y que parte de la obra se hunda en plena construcción. Esto convencerá más que cualquier voladura.

—Eso sí. Un poco caro resulta...

—No diga simplezas. Nuestros agentes están tanteando el precio del terreno y de algunos ranchos. La gente cree que la presa las aumentará el valor de sus fincas y no quieren vender o piden la luna, pero se han dejado hechas ofertas bajas y cuando empiecen los contratiempos más de uno las tendrán en cuenta y aceptará. Creo que el negocio va a ser de muchos millones.

—Así lo espero, Zenker. Si nos hacemos con lo mejor, el día que nos convenga que la presa sea un hecho, seremos los dueños de Texas.

—Bien, no se hable más. Venga que le presente a Jim y a Nino.

— ¿Jim qué más?

—No lo ha querido decir.

—Sus motivos tendrá. ¡Con tal de que no los tenga para que algún *sheriff* de Texas se interese en averiguarlo!

—No creo. De ser así no irían allí.

Llegaron al vagón. Jim se hallaba de espaldas, asomado a la ventanilla y Spack le llamó.

—Escuche, Jim, tengo que hacerle una presentación.

Texas se volvió enfrentándose con Zenker. De nuevo volvió a

sentir la sensación de conocer al pseudo alemán pero también esta vez su memoria se negó a responder al recuerdo.

El financiero indicó:

—Este señor es Oliver Zenker, mi secretario y al que todos mis subordinados deben obedecer como a mí mismo cuando dé una orden… Le presento a Jim.

Zenker clavó sus fríos ojos en Jim un momento, pero nada reflejó en ellos que diese a adivinar sus reacciones. Se limitó a saludar con una inclinación de cabeza, diciendo:

—Celebro conocer a un hombre tan útil y valiente y espero que en ocasión propicia me demuestre que es lo bravo y sereno que me han contado.

Jim pareció adivinar un deje de ironía en la voz seca de Zenker y con frialdad repuso:

—Y yo espero que el que trate de ponerlo a prueba se sienta tan satisfecho de ello que no se quede con fuerzas para contárselo a nadie… al menos en este mundo.

—Bien, ya lo veremos.

Miró de soslayo a Nino, pareció medir con la vista su fuerza y su capacidad y frunciendo levemente su frente, se sentó, extrajo su pipa del bolsillo y se dedicó a fumar con indiferencia.

Las dos muchachas replegadas en un rincón, se habían sumido en la contemplación de un "magazzine". Ahora imperaban los hombres y ellas debían mantenerse en segundo término.

Hubo paradas en estaciones, que produjeron un trasiego de viajeros. Unos subían y otros descendían y el vagón dio cabida a algunos, pero a medida que el tren avanzaba se iban apeando y sólo los seis viajeros continuaban en él.

Habían atravesado el caudaloso y majestuoso Mississippi y ahora rodaban camino de Taxarcani, en Texas, límite con la divisoria. Al día siguiente, se encontrarían en dicha capital para desde allí subir a Dallas, Forth Worth a San Angelo, donde finalizaría el viaje en tren.

Al llegar la noche, se dividieron en dos turnos para la cena. Jim parecía haber perdido categoría desde que fuera contratado por Spack, pero esto no le preocupaba. Sabía esperar sus momentos y sólo le interesaba estar metido en la organización y esperar el instante en que al necesitar sus servicios tuviesen que revelarle parte de sus planes.

Nino, por su parte, parecía haberse quedado mudo. Ni siquiera con su compañero cambiaba impresiones y sólo se limitaba a mirar de reojo a Stella y a lanzar unos suspiros suaves pero profundos, que le iban a dejar sin aire los pulmones.

Capítulo IV

Zenker prepara una trampa

Lo que restaba de día y la entrada de la noche transcurrió lenta y monótonamente. Bunker, al parecer despreocupado, no abandonó el vagón y aprovechó la coyuntura favorable para sentarse junto a Vera en uno de los rincones del coche y entablar con ella una conversación muy animada en la que él tomó la mayor parte.

Jim, con los ojos semicerrados, no perdía de vista a la pareja y su sentido analítico le llevó a sospechar que el astuto secretario estaba enamorado de Vera, o si no enamorado, trataba de atraerla a él, quizá seducido por la cuantiosa herencia que algún día debía pasar a sus manos.

Pero Vera no parecía muy interesada en su charla. Le escuchaba, asentía las más de las veces con la cabeza y de vez en vez se quedaba contemplando de reojo a Jim, cosa que acabó por ser observada por el secretario. Éste debió llamarla la atención en voz baja, porque ella se sonrojó un poco, después hizo un brusco movimiento y dijo algo que obligó a Zenker a tomar sus manos en actitud suplicante. Luego siguieron charlando y la joven dejó de insistir en sus miradas.

Spack parecía medio dormido aunque lo veía todo y Stella, aburrida, plegó la revista y entornó los ojos.

A la hora de la cena, pasaron al vagón restaurante donde permanecieron mucho tiempo. No debían tener prisa o cambiaban impresiones personales en el terreno íntimo.

Con un saludo cortés se retiraron a sus literas. Ahora Zenker y Snack ocupaban una de dos camas y las muchachas dos individuales.

Jim y Nino quedaron en el vagón. No llevaban litera para no llamar la atención y debían dormir en sus asientos.

El tren rociaba por las llanuras de la región del Mississippi y la noche se presentaba un poco fría, lo que obligó a los dos aventureros a desplegar sus mantas y envolverse en ellas.

Sólo viajaba en su departamento un vaquero que se apeó varias estaciones más adelante y mediada la noche Jim y Nino eran los dueños del vagón.

Jim no dormía. Estaba pensando en muchas cosas y una de ellas era en Zenker. Le adivinaba un ser viscoso, torcido, duro y enérgico, muy dueño de sus nervios y pensaba que era el elemento más

peligroso y con el que debería tener más cuidado.

Se hallaba sumido en estas reflexiones, cuando la puerta del vagón se abrió suavemente y Jim, alarmado, llevó la mano al revólver por debajo de la manta, pero pronto desistió de la acción y se incorporó lleno de asombro. Acababa de descubrir a la suave claridad lunar que se filtraba por las ventanillas, una silueta de mujer cubierta con una frágil bata de color lila y en aquella figura ingrávida que parecía asustada, reconoció a la apocada Stella.

Se quedó mirándola fijamente y la muchacha, llevándose las manos al pecho para contener su fatigosa respiración, se acercó blandamente a él, susurrando:

—¡Oh, Dios, no sé lo que he hecho, señor Jim! Creo que me estoy jugando la vida, pero noblemente creo un deber hacerlo. Vengo a advertirle que corren ustedes un gran peligro.

La muchacha temblaba violentamente Jim, compadecido, pasó su gruesa mano por el sedoso cabello de ella, diciendo:

—Cálmese, Stella. Yo le agradezco mucho su interés, pero serénese y dígame lo que sucede. De otra forma, no adelantaremos nada.

—¡Oh, sí, tiene usted razón! Me he escapado, ¿sabe? He salido de mi litera sin que Vera ni ellos lo sepan. Si lo supieran, son capaces de matarme en el acto.

—¿Por qué?

—Por muchas razones, casi todas de índole particular, pero eso es algo que sólo a mí me incumbe. Lo otro es más peligroso para usted.

—Pues bien, dígame lo que sea.

—Ellos le han descubierto. Saben quién es usted.

—Claro que lo saben. Se lo he dicho yo mismo.

—No, Zenker le ha conocido no sé por qué. Es un falso y se lo guardó para él, pero esta noche se han reunido los tres en la litera de mi tío y han hablado del asunto. Ellos creían que yo estaba dormida, pero no. Les he oído a través del tabique y me he enterado de todo. Saben que usted es Jim Texas, el célebre capitán Texas y temen que intervenga usted en sus asuntos. Se sienten rabiosos por haberse dejado engañar y han decidido tomar represalias.

—¿Cómo? Eso es fácil decirlo, pero hacerlo…

—Creo que van a telegrafiar a no sé qué punto donde tienen una banda de pistoleros en acción, para que suba al tren y acabe con ustedes. No pude oír el nombre del pueblo, pero lo van a hacer en la primera parada. Vera está furiosa no sé por qué y es la que más exige su castigo. También Zenker pide su muerte. Dice que si usted interviene están perdidos.

—Creo que no les falta razón y lo malo para ellos es que ya

estoy interviniendo.

—Pensaron matarles en el tren, pero han desistido por peligroso. Los pistoleros fingirán un asalto, pero irán contra ustedes. Deben huir antes de que se produzca.

—Bien, eso será cosa de estudiarlo.

—¡Oh, no! Yo me he expuesto sólo por salvarlos. Me escurrí de la litera y salí sin ser vista. ¡Dios de Dios si mi tío lo supiese! Es lo que me faltaba.

Había tal acento de dolor en la muchacha, que Jim olvidando sus propios asuntos, exclamó:

—Escúcheme, Stella. Desde el primer momento he adivinado que no era usted persona grata en la familia. He visto que la tratan con despego y hasta con acritud, ¿por qué?

—¡Oh, déjeme; he de volver a mi litera!

—No, no tema. Está a su lado el capitán Texas y basta.

—Pues bien, se lo diré; mi tío no me quiere y Vera me odia, porque temen que yo pueda revolverme contra ellos y pedirles cuentas de la fortuna de mis padres que mi tío está manejando desde hace muchos años.

—¡Ah!... ¿Esas tenernos?

—Sí; mi padre fue buscador de oro y logró descubrir varias minas que le dieron mucho dinero. Al morir en un hundimiento, dejó en el testamento que mi tío Claudio, hermano de mi madre, único pariente cercano que tenía, fuese mi tutor y administrase mi fortuna hasta mi mayoría de edad. Yo frui recogida y llevada a casa de mi tío, que entonces no gozaba de la posición que hoy tiene.

"A partir de la muerte de mi padre, empezó a figurar en negocios y a triunfar realizando un buen capital, pero de mi fortuna nada sé.

"Una vez le pregunté y se puso furioso. Me dijo que la fortuna de mi padre en su mayor parte estaba en minas que al agotarse perdieron su valor y que del resto, se había ocupado de ponerlo a salvo. Me dijo que mientras estuviese bajo su tutela, nada necesitaba y que en su día me daría cuenta de todo.

"Más tarde, una vez que estuve enferma, me propuso que hiciese testamento. Me dijo que él lo había hecho dejando su fortuna a Vera, pero reservándome una parte y que yo debía nombrarles mis herederos, pues nadie tenía la vida asegurada.

"Le dije que lo haría, pero al ponerme buena me arrepentí y aunque algunas veces me habló de ello, me desentendí. Vera me odia, quisiera alejarme de su lado, no me deja hablar con hombre alguno y por eso me lleva con ella a todas partes. Es mi perro guardián. No sé qué teme.

—Yo sí —interrumpió Jim—. Teme que usted un día se enamore de algún hombre y reclame su libertad para casarse y con ella la

liquidación de su fortuna. Mientras usted sola la reclame, la puede envolver a su gusto, pero si tropieza usted con un marido enérgico y listo, puede darle un disgusto serio. Me figuro que ha habido algún chanchullo con su dinero y teme dar cuentas. Por eso la retiene a su lado y la vigilan para coartar su libertad.

—Quizá esté usted en lo cierto, pero, ¿qué puedo yo hacer?

—Nada de momento y le aconsejo que si desea vivir no lo intente. Tenga paciencia. Su tío es un granuja, Zenker otro y yo estoy aquí para cortar sus granujadas. Espere a que yo resuelva estos asuntos y un día me ocuparé de usted y de su fortuna. Ese día la pondré antes a cubierto de cualquier desgracia y les daré la batalla.

—¡Oh, no, por Dios! No se meta usted en este asunto…

—¿Por qué no? Soy enemigo de todo expolio, la razón de mi vida estriba en defender al débil y atacar al poderoso cuando éste abusa de su poder contra el débil. Spack es un perfecto canalla que morirá colgado algún día, pero no sin que restituya lo que ha robado a la gente. Usted es una víctima suya y debe dejar de serlo.

—Pero tornaría represalias contra mí. Ahora mal que bien, no me falta de nada.

—Le falta su independencia, la facultad de vivir su vida libremente, poder elegir al hombre digno de usted y pasar una existencia feliz y sin tiranías. Deje ese asunto de mi cuenta no se preocupe. De momento, siga como está; no haga nada en ningún sentido que pueda alarmarles o irritarles, y yo le prometo que no tardando mucho, cuando desbarate el criminal proyecto que le trae a Texas, me ocuparé de su asunto, sin que el poder de ese reptil llegue a usted.

—Bien, muchas gracias, pero lo que ahora urge, es su vida, que se salven ustedes. Deben huir antes de que sea demasiado tarde.

—No se alarme. Gracias a usted no será tarde nunca. Por sorpresa quizá hubiesen podido anularnos, pero ahora que estamos advertidos, nada de eso sucederá. Al contrario, la sorpresa que se van a llevar cuando intenten algo contra nosotros va a ser grande. Han medido mal nuestras fuerzas.

Texas obligó a la muchacha a abandonar el vagón y temiendo que pudiese haber sido descubierta, la acompañó hasta la litera, pero por fortuna todo el mundo dormía y nadie descubrió su ausencia.

Cuando quedó tranquilo, volvió al vagón donde Nino dormido como un leño no se había dado cuenta de la visita de Stella.

Texas le dejó dormir. De momento no corrían peligro alguno y bastaba con que él vigilase cualquier movimiento sospechoso.

Se asomó a la ventanilla levantando la cristalera. Un viento seco

y cortante soplaba con violencia a causa de la velocidad del convoy. La noche estaba serena y el cielo de un azul intenso mostraba el magnífico manto de estrellas que le punteaban.

Jim conocía a fondo todos aquellos paisajes y trató de orientarse. Llevaban muchas horas rodando desde que salieron de Memphis y según sus cálculos debían encontrarse más allá de Pine Bluf, en el corazón de Arkansas. Texas suponía que mediado el día siguiente llegarían a Texarkana en la divisoria de Texas.

¿Dónde pensaría Spack dar el golpe? Esto era lo que le preocupaba. Ignoraba si habría aprovechado ya alguna de las varias paradas que había realizado el convoy o si aún no había tenido tiempo de telegrafiar.

Tendría que espiar la primera parada. Si nadie se apeaba allí, sería señal de que el aviso estaba ya cursado y debía ponerse en guardia desde aquel momento.

Por fin el tren acortó la marcha deteniéndose en una estación bastante importante Jim consiguió leer el nombre del poblado. Thornton; aún estaban a doscientas millas de la divisoria.

A través de la ventanilla atisbó los pocos viajeros que se apearon allí, pero no descubrió a Spack ni a Zenker. Aquello le indicó que todo lo tenían resuelto y que sólo era cuestión de horas tener noticias directas suyas.

Desde aquel momento, convenía el mantenerse a la expectativa. Debían vigilar todas las estaciones para darse cuenta de la cantidad y clase de individuos que subían al convoy y decidió llamar a Nino.

Éste se hallaba entregado a unos sueños amorosos sublimes y la llamada le cortó bruscamente una de las más espectaculares conquistas que había hecho en su vida. Malhumorado, gruñó:

—Está bien, *manito*... pero podías haber esperado un poco. Estaba a punto de casarme con la hija del rey de los ranchos, nada menos. Me has chafado una noche de bodas magnífica, creo yo.

—No seas romántico y ponte en la realidad. Me temo que otros traten de cortarte no una noche de bodas ilusoria, sino ese bonito pescuezo que tienes.

Nino se llevó la mano a la garganta, gruñendo:

—¿A mí? Dime quién es ese fajao capaz de intentarlo y te ofrezco como desayuno la parte de su cuerpo que más te guste.

—Escucha, Nino. Va a haber tiros pronto.

—¿De verdad, enanito? Linda fiesta creo yo. ¿Cuándo?

—No sé, pero nos preparan una emboscada. Escucha.

Y le contó todo lo que Stella le había revelado.

Nino, rabioso, rugió:

—¡*Repinto*! ¿Y aún no has entrado a retorcer el gañote a ese par de coyotes? ¡*Manito*, que no te conozco!

—Cállate, animal. Tengo cosas más lejanas que hacer. Ahora lo que interesa es saber dónde nos piensan dar la batalla.

—¿Quieres que les haga vomitar el sitio?

—No. Lo que quiero es que estemos alerta. En cada estación de parada debemos vigilar quiénes suben y cuando descubramos algún grupo sospechoso, sabremos lo que nos interesa.

—¡Bueno va! ¡Maldita sea Sonora! Así tendremos que pasar la noche en vela, creo yo.

—Y yo también lo creo, a menos que te importe poco que te entierren en alguna cortada de esas, rodeado de buitres.

La noche transcurrió con absoluta calma. Cada vez que el convoy se detenía, los dos aventureros atisbaban ansiosamente a través de las obscuras ventanillas registrando los andenes, pero nada parecía que iba a alterar la paz reinante. Los viajeros que ascendían eran pocos y su aspecto no tenía nada de sospechoso.

Jim se hallaba intrigado. Hubiese jurado que de dar algún golpe de efecto, lo intentarían de noche, pues de día era más difícil sorprenderles.

Cerca del amanecer, habían dejado atrás Camden y el "L. S. W." rodaba por una llanura muy pendiente, hacia Mc Neil, donde partía el empalme de la línea que descendía hasta Luisiana.

En algunos lugares, la vía férrea se encajonaba entre taludes y otras alcanzaba la llanura, pero siempre en una cuesta violenta que había obligado el convoy a aminorar la marcha.

Aunque el día no había roto aún, una tenue claridad envolvía el paisaje. Las lejanas luces de algún poblado palidecían paulatinamente y el terreno se aureolaba de un débil halo azulado que desdibujaba los objetos.

El tren había alcanzado un violento repecho y resoplaba como un cetáceo falto de fuerzas para dominarlo. Avanzaba con lentitud y todo su armazón vibraba como un monstruo de hierro próximo a desencuadernarse.

Nino, que se había pegado al empañado cristal, lanzó un tenue silbido y exclamó:

—¡*Repinto*! ¡Que me ahorquen de los cuernos de una vaca bravía si aquello que corre a lo largo de la vía no es un grupo de jinetes!

Jim, que medio se había adormilado, se despabiló y arrimándose a él echó un vistazo al exterior.



La máquina pasó resoplando...

Nino no se había equivocado. En fila india, bastante separados unos de otros, hasta una docena de jinetes montados en hermosos caballos galopaban a lo largo del lado derecho de la vía, midiendo la distancia que les separaba del convoy.

Jim, con los ojos encendidos, exclamó:

—Bien, Nino, espero que te diviertas a tu gusto. Esos caballistas saben lo que se hacen. Aquí el tren camina con lentitud y van a tomar el convoy por asalto para cogernos de sorpresa.

—¡Bueno va! ¡Baja esa cristalera, que voy a entretenerme en irles desmontando uno a uno!

La máquina pasó resoplando...

—No. Deja que lo intenten. Si disparásemos sobre ellos antes de asaltar el tren, tendríamos complicaciones. No podríamos probar sus propósitos. Déjales que hagan ejercicio antes de ir al infierno de cabeza.

La máquina pasó resoplando ante el primero. Éste la dejó pasar y luego, obligando a su montura a forzar el galope pegado a los vagones, de un salto se asió a uno de los pasamanos y quedó de pie sobre el estribo, dejando abandonado el caballo.

El resto galopaba furioso junto al tren intentando la misma, peligrosa maniobra. Todos eran hombres duros, excelentes caballistas y flexibles de músculos y así, uno a uno, a lo largo del tren, fueron ganando los estribos en silencio y quedando en ellos en espera de reunirse toda la cuadrilla.

Tan sólo dos quedaron sin montar. Uno no hizo intención de acercarse al tren. Debía quedar para recoger los caballos, en cambio el otro, careció de fortuna para llevar a cabo la peligrosa maniobra.

Al saltar se le escurrió la mano y perdió el equilibrio. Su cuerpo fue a chocar contra el estribo, el cual le despidió con violencia. El grito de agonía se perdió entre el jadear del convoy, pero se le vio salir despedido como una pelota, rodar varios metros en contorsiones violentas y quedar tendido en tierra.

—¡Buen viaje, *manito*! —exclamó Nino—. Te doy las gracias por haberme ahorrado una bala.

Nino hizo esfuerzos para localizar a los asaltantes, pero no lo consiguió. Sabía que tenía una parte al final del tren y la otra en la delantera, pero el cristal le impedía abarcar los coches y no se quería aventurar a asomar la cabeza por si era recibido a tiros.

—Bueno, *manito* —preguntó Nino—. ¿Cuándo empegamos la fiesta?

—Nada podemos hacer hasta que alguno intente asomarse al vagón. Sospecho que esperarán a que Zenker les dé instrucciones señalándoles nuestro vagón.

—Eso quiere decir que en cuanto uno asome la jeta... un tirito o así y en paz...

Capítulo V

Una sospecha terrible

Las sospechas de Texas no eran infundadas. Cuando el tren alcanzó la parte áspera del terreno y empezó a acortar la marcha, Zenker, que había pasado la noche en vela esperando febril el momento del ataque, despertó a Spack, diciéndole en voz baja:

—Señor Spack, estamos llegando. Nuestros hombres deben estar a la espera del paso del convoy.

—Bien, Zenker, con tal de que no estén alerta y nos salga fallido el ataque...

—No lo creo. Es la hora mejor. Además, cuando quieran darse cuenta habrán recibido una buena rociada de proyectiles. Nuestros hombres tienen orden de entrar por sorpresa en el vagón, disparar sobre seguro y cuando la alarma empiece a reinar y el tren aminore la marcha, arrojarse de él y huir. Tienen caballos preparados para la fuga y todo se hará con limpieza y rapidez.

Pero Spack, que era hombre precavido, exclamó:

—Creo que nada fallará, Zenker, pero ya me conoce usted. Soy un individuo que todo lo prevé. Vamos a ponernos en que la cosa fracasase por cualquier motivo. ¿Qué pasaría entonces?

—No lo sé. No he pensado en tal contingencia.

—Yo sí. Puede pasar que si su idea es mezclarse en nuestros asuntos, sospechen de nosotros y la verdad, soy hombre de negocios, pero no de pistola. Creo a esos salvajes capaces de eliminarnos a tiros y poseo muchas ganas de vivir.

—¿Qué podría intentarse, en tal caso? —preguntó el secretario, influenciado por las reservas de su jefe.

—Poco, pero algo. Déje preparados nuestros maletines con el dinero, que Vera se hará cargo de ellos y al menor asomo de fracaso mientras se termina la lucha, descenderemos por el lado contrario del tren y nos esconderemos en cualquier lugar. El tren seguirá su marcha y cuando nos busquen no nos encontrarán.

—¿Qué vamos a hacer abandonados en estos sitios?

—¿No dice usted que cerca habrá caballos? Los aprovecharemos para seguir adelante hasta donde nos convenga más.

—En ese caso, llame a su sobrina, porque...

—Déjela. Se me ha ocurrido algo diabólico si nos vemos forzados a huir fracasados.

Vera, que seguía la conversación fríamente, sin dar muestras de

miedo ni nerviosismo, preguntó:

—¿Qué piensas, papá?

—Ya te lo diré. No es el momento. Podían suceder dos cosas. Tener motivos para una acusación legal contra eses tipo de Texas o…

Sonrió siniestramente y se calló. Vera, a pesar de su dominio de nervios, sintió un escalofrío de pánico.

Zenker, que se había asomado al cristal de la litera, advirtió:

—¡Atención! Ahí veo a nuestra gente. Son doce. Espero que entre tantos, alguno logre su objeto.

En silencio asistieron a la maniobra de asaltar el convoy y cuando todos habían conseguido alcanzarle, Zenker abrió suavemente la puerta de su departamento y llamó al más cercano.

Éste se corrió por el estribo acercándose a él.

—Bien, muchachos —dijo el secretario—. Aquí hay un cheque por dos mil dólares contra el Banco de Austin. El vagón en el que tenéis que operar, es el tercero a tu derecha. Os advierto que son dos que valen por diez. Si no aprovecháis la sorpresa, muchos podéis consideraros muertos.

—Eso ya lo veremos. Espero que cuando quieran disparar, estén preparando sus armas en el infierno.

Bunker cerró la portezuela y preparando su revólver se quedó tenso. Sus compañeros sentían la misma incertidumbre que él y esperaban con ansia el instante de que vibrasen los primeros disparos.

Se pasaron cinco minutos que les parecieron cinco horas, hasta que súbitamente, el silencio de la noche turbado únicamente por el resoplar metálico del tren, quedó roto por una serie de detonaciones que sembraron la alarma entre los dormidos viajeros y varios gritos de rabia y agonía se unieron a los estampidos.

Zenker, Spack y Vera, pegaron sus lívidos rostros al cristal, tratando de ver algo, cosa imposible, pero de repente ahogaron una maldición. Dos pistoleros habían salido despedidos de los estribos y sus cuerpos rodaban por la pendiente en contorsiones violentas para quedar como trágicos muñecos tendidos sobre la dura tierra.

El secretario se mordió los labios hasta hacerlos sangrar. Spack pareció que iba a caer víctima de una congestión y Vera, más blanca que el papel murmuró:

—¡Padre… me terno que…!

No acabó la frase. Nuevos disparos vibraron rabiosamente, otro forajido cayó de cabeza a tierra y gritos de angustia y de pánico se esparcieron por los vagones, al tiempo que el tren apretaba sus frenos y acortaba la velocidad.

Zenker, más decidido que Spack, abrió la litera y se asomó al

pasillo. Alguien corría alocado por él, dos señores a medio vestir huían hacia la cabeza del tren. Los revólveres crepitaban al otro lado y nadie se atrevía a cruzar hacia aquella parte, temerosos de encontrarse con lo que no iban buscando.

Zenker avanzó cruzando el pasillo para asomarse prudentemente al siguiente vagón en el momento que un tipo con indumentaria de vaquero retrocedía sangrando por un brazo. Al descubrir a Zenker, hizo intención de disparar sobre él, pero reconociéndole a tiempo, gruñó:

—Lárguese para atrás. La cosa se ha puesto fea. Esos tipos estaban advertidos. Han matado a los dos que intentaron abrir el vagón por sorpresa y allí no hay quien entre. Tenemos cinco bajas y si no lograrnos terminar pronto, vamos a tener en contra a todos los viajeros.



...Vamos, señor Spack el asunto...

Zenker, lanzando terribles maldiciones, regresó a toda prisa a la litera y exclamó con voz sorda:

—Vamos, señor Spack. El asunto puede darse por fracasado. Si no nos damos prisa, todo está perdido.

El financiero temblón, abrió la portezuela contraria y se arrojó del vagón rodando por la tierra. Aún estaba obscuro y el tren, aunque despacio, caminaba.

Vera, más serena, saltó detrás de su padre, arrojando los maletines a tierra y Bunker de un salto se les unió.

Un largo seto a corta distancia ofrecía un magnífico refugio y los tres se apresuraron a agazaparse en él desde donde asistieron al final del asalto.

La mortal emboscada, gracias a la nobleza de Stella, había

fracasado rotundamente. Cuando los primeros pistoleros avanzando silenciosamente por el pasillo llegaron al departamento de Jim y trataron de forzar la entrada, una lluvia de balar atravesó la frágil madera y los dos más osados cayeron en el pasillo, cosidos a tiros.

Los que les seguían retrocedieron apostándose a la entrada del pasillo sin poder avanzar. Para llegar al departamento, había que exponerse a pecho descubierto y con aquella clase de enemigos era suicida hacerlo así. Alguien pensó en alcanzar las ventanillas fronterizas disparando desde ellas. También era arriesgado, pero más factible de éxito.

Nino, audaz, pretendía abandonar el departamento y salir al pasillo a perseguir a los pistoleros, pero Jim, prudente, le contuvo diciendo:

—No seas acémila, Nino. Deja que sean ellos los que se jueguen la piel.

—Bueno va, *manito*, pero esto es muy aburrido. No me gusta esperar al que me ataca… ¡No me divierto, *repinto*!

—Espera un poco, que tiempo habrá para todo.

De súbito, el cristal de la ventanilla del pasillo, fronteriza a su departamento saltó en fragmentos y una hala pasó silbando por encima de sus cabezas. Jim, rápido como un relámpago, disparó y una cabeza que se había asomado fugazmente para comprobar el disparo, desapareció para siempre.

Más tarde, el fino oído de Texas captó un roce en el pasillo y sospechó lo que sucedía. Alguien se arrastraba como un reptil por el piso tratando de hurtar el cuerpo a las balas y alcanzar la puerta.

Se tumbó en el suelo sacó rápidamente el brazo y disparó al albur, pero siempre buscando la línea baja. Un rugido de agonía le advirtió que había acertado y varios disparos vibraron rabiosos desde el lado contrario.

—Creo que van cuatro, Nino —dijo Texas

—¡*Repinto*! Si van cuatro y de ellos tres a tu cargo, maniato… eso no es leal… Me tocan otros tres o así.

Y antes de que Texas pudiera impedirlo, saltó como un oso al pasillo y sus pesados revólveres dispararon con celeridad pasmosa contra la entrada donde se hallaban apostados el resto de los pistoleros.

La audaz acción del mejicano les cogió desprevenidos y cuando intentaron replicar, ya dos habían caído al suelo y uno retrocedía lanzando aullidos de dolor. Nino, como una fiera, sin temor al peligro, siguió disparando y avanzando por el pasillo, seguido de Texas que no quería dejarle solo en aquel momento tan peligroso y los pistoleros dándose cuenta del fracaso, se apresuraron a arrojarse del tren, corriendo a campo traviesa. Solamente tres habían

sobrevivido a la trágica pelea y uno de ellos iba alcanzado en un brazo. Nino, gozoso, descendió al estribo y les despidió a tiros, consiguiendo alcanzar al más rezagado, que tras unas piruetas trágicas sobre el duro terreno, terminó por quedar inmóvil sobre él, mientras los otros dos conseguían ponerse a distancia de sus temibles armas.

—Bueno, *manito*—dijo Nino, sonriendo—, me han tocado cuatro. Si quieres, voy en busca de otro y te lo traigo de las orejas para que le hagas comerse el cañón de tu "Colt" o así.

—Déjalos. Ya llevan lo suyo. Que siempre nos salgan igual las cosas.

—¿Cómo no? ¿O acaso es que valemos menos cada uno que una docena de chacales sarnosos?

Los revólveres habían callado y los aterrados viajeros empezaban a afluir a aquel lado del convoy, quedando aterrados del aspecto que presentaba.

Varias señoras se desmayaron al descubrir los cadáveres de los pistoleros y Nino, tomándolos como plumas entre sus brazos, los arrojó al camino, diciendo:

—¡Bueno va, *repinto*! La cosa no es para tanto. Esta carroña no merece tanto aspaviento.

Los viajeros rodearon a Jim haciéndole infinidad de preguntas y Texas, que no estaba dispuesto a descubrir a nadie sus planes, exclamó:

—Señores, serénense y vuelvan a sus departamentos, pues todo pasó ya. Una partida de pistoleros trató de asaltar el tren para desvalijarle, tuvo la desgracia de empezar por nuestro vagón y aquí se terminó la fiesta.

—¡Oh, sí, y qué fiesta! —exclamó Nino—. ¡Lo que me he divertido hoy, maniato!

Nadie comprendía cómo se podía divertir aquel gigante matando hombres, pero más tranquilos obedecieron y se fueron retirando.

El jefe del tren, nervioso, preguntó:

—Caballero, ¿cree usted que podemos seguir? Llevamos un cuarto de hora de retraso y nos exponemos a un accidente.

—Por mí pueden correr a cien millas por hora. Esto se ha terminado.

El tren reanudó la marcha dejando atrás los cadáveres de los asaltantes y Jim, inquieto, preguntó:

—¿Has visto por ahí a Spack y compañía?

—No, *manito* y me estoy temiendo que estén pringados de miedo en sus literas... Cien pesos contra un centavo me apuesto a que hay que lavarles a todos para conocerles cuando nos vean.

—Pues vamos a hacerles una visita. Les alegrará mucho vernos

vivos y sanos.

—¡Quisiera verlo! —comentó Nino.

—Pues ahora mismo, incrédulo.

Cruzaron el vagón y se dirigieron a las literas ocupadas por el financiero y su familia. Un silencio impresionante reinaba en ellas y Jim se extrañó.

Empujó la primera puerta correspondiente al departamento de Stella y apenas echó un vistazo al interior lanzó un grito de angustia. La joven yacía en el suelo atravesada y su rostro parecía de cera.

—¡Dios de Dios! —rugió—. ¿Qué han hecho con ella?

Pero al aproximarse y reconocerla observó que solamente se hallaba desmayada. La impresión sufrida a causa del tiroteo había sido superior a sus fuerzas y había perdido el conocimiento.

Texas la depositó con delicadeza sobre la litera, ordenó a Nino que fuese en busca de su cantimplora. Unos sorbos de alcohol servirían para reanimarla.

Pero el desmayo era intenso y Stella no dio señales de recuperar el sentido.

Texas, más tranquilo, decidió dejarla reposar. Más tarde sería cosa de ocuparse de ella. Ahora quien le interesaba era Spack y sobre todo Zenker.

Pero cuando empujó la puerta de la litera la descubrió vacía. En la red había dos maletas depositadas, pero los viajeros habían desaparecido.

Febrilmente les buscó por el tren, pero nadie había visto al trío. Fué inútil la búsqueda y al final, Texas tuvo que rendirse a la evidencia, habían desaparecido.

—¡*Repinto*! —exclamó Nino—. Sólo pueden haberlo hecho cuando el tren estuvo parado.

—Justamente. Al observar que la emboscada fracasaba, se supieron en peligro y tuvieron miedo a las consecuencias, pero... ¿por qué han dejados abandonada a Stella?

—¡Maldita sea Sonora! —exclamó Nino—. ¡Tienes razón, maniato! ¿Por qué la han dejado?

—Eso es lo que quisiera saber, Nino. No ha sido un olvido, no; podían haberle hecho descender con ellos mientras peleábamos nosotros. Aquí hay un misterio y daría media vida por descubrirlo.

—¡*Repinto*! ¿Y si la muchacha no quiso seguirles?

—Lo dudo, pero...en fin, ya lo averiguaremos.

Se dirigieren a la litera de la muchacha, que continuaba privada de sentido y tardó más de una hora en recobrar el conocimiento.

Cuando abrió los ojos descubriendo a Jim a su lado, se pasó la mano por el rostro como si algo le estorbase y luego, sonriendo

dulcemente, exclamó:

—¡Oh Jim...! Señor Texas... usted y Nino... Luego...

—No se alarme, Stella, no nos ha sucedido nada.

—Entonces... los bandidos...

—¡Oh, huyeron como ratas! ¡Eran unos cobardes!

Ella hizo signos negativos afirmando resueltamente:

—No, Jim... Yo me asomé cuando uno caía... a tiros... hubo lucha... lo sé... sentí pánico y... y me desmayé.

Luego quedó rígida y balbució:

—¿Y mi tío y Vera?

—Huyeron los tres.

Ella se incorporó palideciendo aún más.

—¡Oh, no es posible! Ellos no han podido dejarme así abandonada...

—Y sin embargo lo han hecho. Les interesaba más sus vidas que la de usted...

La muchacha rompió a llorar en silencio y Texas la consoló afirmando:

—No se atribule, Stella... Todo se arreglará.

—¿Cómo?

—De momento está usted bajo nuestra protección. Vendrá con nosotros a Texas y allí... Localizaremos a Spack y se hará cargo de usted. Quizá con el pánico la olvidaron.

La muchacha no se sentía satisfecha. Aquel abandono en momentos en que no la dejaban moverse a su gusto le inquietaba.

Texas la obligó a quedarse en la litera y descansar. Le hacía mucha falta reponerse y aún faltaban muchas horas de viaje.

Cuando regresó a su vagón se sintió inquieto. Flotaba algo en derredor de él que le ponía nervioso y. no sabía a qué atribuirlo.

Nino exclamó:

—¿No estás contento del éxito, *manito*?

—No, Nino. Este es un rompecabezas al que le falta la pieza más importante. ¿Por qué abandonaron el tren esos coyotes?

—¡Bueno va, *repinto*! Les podía oler la cabeza a pólvora.

—Supongámoslo. Pero, ¿por qué abandonaron a la muchacha?

—Pues... porque no la quieren. Ya te lo ha dicho ella.

—Sí, no la quieren, pero les es muy precisa. Stella desligada de ellos, es un peligro, Puede reclamar una fortuna que al parecer Spack no está dispuesto a devolver, en cuyo caso debería ser restituida y él no lo desea. Stella estorba, pero...

De súbito palideció y tomando a Nino por un brazo, exclamó:

—No sé si estoy loco, pero acabo de concebir una idea que sería monstruosa, aunque digna de esos tipos. ¿Quiénes les estorbamos?

—¡*Repinto*! ¿Quiénes vamos a ser? Tú y yo, me creo.

—Y Stella.

—¡Bueno va! Y Stella, si tú quieres.

—Claro que quiero, porque es así. Bien, ¿quiénes estamos reunidos aquí?

—Los tres, creo yo.

—Pues… si al tren le sucediese algún accidente terrible, una voladura, un descarrilamiento que le despeñase por un terraplén, un puente que le sepultase en el río, ¿qué sucedería?

—¡*Repinto*!… que iríamos a servir de cebo a los peces.

—Justamente. Y como ahora en el tren no están ellos y lo han abandonado por algo, presumo que el motivo de hacerlo así, además de ser el de evitar un encuentro con nosotros, es intentar hacernos desaparecer lindamente… Ese es el secreto de habernos dejado a Stella.

El mejicano se rascó la recia pelambrera y mirando a Texas con ojos bovinos, balbució:

—Quieres decir que esos *pringaos* no nos han dejado una muchacha, sino una bomba cargada de algo explosivo.

—Justamente y me equivoque o no, les vamos a dar una bonita sorpresa.

—¿Cómo?

—Abandonando el tren en la próxima estación donde se detenga. No puedo advertir a los que viajan en él de mis sospechas, porque aquí no se puede acusar a nadie sin fundamento, pero en previsión, nos apearemos. Después sí sucede algo de lo que imagino. ¡Que tiemblen, porque el castigo que les voy a infligir será tremendo!

Capítulo VI

Con la vida en un hilo

Jim, muy excitado, volvió a la litera de Stella, donde la muchacha se había quedado dormida.

Aunque Texas penetró con cuidado, la joven abrió los ojos al sentirle y sonriendo dulcemente, exclamó:

—¡Usted!... ¡Qué buenos son conmigo! No sé cómo podré pagarles un día...

—Cállese y no divague, Stella. Dígame. ¿Se encuentra bien?

—No me encuentro mal.

—¿Con fuerzas para abandonar el tren?

—¿Tenemos que abandonarle? ¡Pero, si aún falta mucho para llegar a Texas!

—Sí, en efecto, falta mucho, pero no me considero seguro aquí. Temo que puedan suceder cosas trágicas.

—¿Por qué? Si han huido.

—Precisamente por eso. Les estorbo, me temen e intentarán deshacerse de nosotros. No quiero hacer su juego sino el mío.

—¡Oh, si es así, estoy dispuesta!

—Bien, prepare sus cosas. Si no me engaño, la primera estación de parada es Stamps, antes de llegar al Red River. Quiero apearme antes de cruzar el río.

Stella se levantó y recogió su equipaje. Nino ya tenía dispuesto el suyo.

Cuando el tren se detuvo en el lugar supuesto por Jim, Nino se apresuró a desembarcar los caballos. Los pobres animales estaban hartos de viajar inmovilizados y agradecieron poder estirar un poco sus patas.

El poblado, sin ser ninguna cosa detestable, poseía algunos establecimientos decentes, dos posadas y varias tabernas y bares y Jim escogió la mejor posada dispuesto a descansar un día allí.

—Bueno, *manito* —dijo Nino—. ¿Y *aluego*, qué va a pasar?

—Que tomaremos el tren que pase mañana por aquí, con la misma dirección. Perdida nuestra pista, ya no habrá temor a un atentado.

Aquella parada de veinticuatro horas fue beneficiosa para Stella, pues con el descanso y la tranquilidad, la muchacha se repuso de tan encontradas emociones y al siguiente día se encontraba animada y fuerte para continuar la aventura.

Jim y Nino, que habían aprovechado el tiempo para dar sendos paseos a sus caballos, tenían todo preparado para la marcha y así las cabalgaduras fueron facturadas en el vagón especial de cola y ellos ocuparon un vagón de primera, en el que ahora viajaban algunos colonos y rancheros que se dirigían a la divisoria.

Cruzaron el Red River sin contratiempo alguno y Jim se sintió más tranquilo. Temía el paso del famoso río, pero al parecer, nadie se había preocupado de mostrar tanta celeridad en el ataque.

—Nos esperarán en la presa —afirmó—. Bueno, es igual. En algún lado tendremos que dar la batalla y mejor que sea sobre aquel terreno.

A media tarde, llegaron a Texarcana, cruzando la divisoria de Texas. Poco a poco se acercaban a terreno enemigo sin que éste hubiese vuelto a dar señales de vida.

Después de cenar en el restaurante, se durmieron sobre sus asientos. El convoy rodaba por las fértiles llanuras del este de Texas, y, no tardando muchas horas, se hallarían en el lugar anhelado.

Mediada la noche, el convoy se detuvo bruscamente. Jim despertó y asomándose a la ventanilla, buscó el nombre de la estación. Se encontraban en Greenville y en tierra tejana.

Un empleado del tren apareció en el vagón, advirtiendo:

—Señores viajeros. El tren de Texas muere aquí. Tendrán que hacer noche en el poblado y mañana transbordar en barca al otro lado del Sabine para continuar el viaje.

Texas palideció y preguntó a media voz:

—¿Ha sucedido alguna catástrofe?

—¿Lo ignoraban ustedes? Sí, ayer a estas horas, cuando cruzaba el puente este mismo "express", no se sabe debido a qué, hubo una voladura. El convoy se precipitó en el río donde aún puede verse parte de él y ocurrieron muchas desgracias personales. Sólo se salvaron veinte pasajeros de los que ocupaban el tren.

Jim apretó los dientes y se clavó las uñas en la palma de la mano para no hablar. Stella lanzó un débil grito y quedó como anonadada, mientras Nino hacía chasquear la embocadura de su pipa al partirla con sus fieros dientes.

Jim, rehaciéndose, preguntó:

—¿Fué accidente?

—No se sabe aún. Están haciendo investigaciones. Podría ser algún acto de sabotaje de los muchos que se desarrollan por esta región, pero es difícil precisarlo.

El empleado desapareció. Los viajeros que ocupaban el departamento se apresuraron a recoger sus equipajes para descender y Stella, cuando quedó a solas con sus amigos, balbució:

—¡Por Dios santo, Jim, dígame la verdad! ¿Sospecha usted que

esto obedezca a un atentado?

—Estoy seguro de ello, Stella. Lo presumí desde el primer momento y lo esperaba al atravesar el Red. Sin duda era demasiado pronto y no pudieron intentarlo allí.

—¡Oh! ¿Es posible que mi tío...?

—Sí. Es un monstruo sin entrañas.

—Pero... sabiendo que yo...

—Porque lo sabía, Stella. Ha llegado la hora de hablar claro. A su tío le estorba usted. Desapareciendo, no tiene que dar cuenta de su fortuna y se la apropiará como único heredero.

Stella rompió a llorar con desconsuelo y Texas consolándola, dijo:

—Pero no se preocupe, que todo se arreglará.

—Y ahora, ¿qué va a suceder?

—Algo que puede ser muy gracioso. Nos habrá hecho buscar y al no encontrarnos, su tío declarará que usted viajaba en dicho tren y trabajará para que la den por muerta en el accidente. Una bonita partida de póker!

—Pero ustedes...

—Le dejaremos que dé ese patinazo. Nos conviene ocultarnos de momento para que juegue sus cartas. Luego, le presentaremos una escalera real o un póker de *ases* que le haga perder la partida.

Tomaron sus equipajes y abandonaron el convoy siguiendo a lo largo del andén en busca de la salida. Todos parecían haber abandonado los vagones para preocuparse de buscar donde pasar el resto de la noche, sin embargo, no era así. Varias personas que aún permanecían en uno de los cerrados vagones, tenían sus rostros pegados al cristal vigilando la estación y les vieron pasar sin que ellos se dieran cuenta de ello.

Así, cuando Texas llevando del brazo a Stella, que se apoyaba en él feliz y confiada, cruzó ante uno de los postreros vagones del tren, no sospechó que la muerte estaba acechando fría e implacable tras una sucia cristalera. Texas era muy sagaz y había adivinado una vez el oculto peligro que le acechaba, pero su sutileza no era tantas que poseyese facultades para leer en el porvenir y éste, al parecer, le tenía reservadas muchas sorpresas trágicas.

* * *

Cuando, después del frustrado ataque de los pistoleros, el convoy reanudó su marcha, desapareciendo por los accidentes del terreno, Spack, Zenker y Vera, que habían permanecido ocultos todo el tiempo tras el espeso seto, surgieron de él pálidos y rabiosos y Zenker, amenazando al tren con sus cerrados puños, rugió:

—¡Malditos chacales! Os juro que moriréis todos aplastados bajo mis garras. Vosotros sabréis manejar el revólver con facilidad, pero yo poseo un cerebro más explosivo que vuestros malditos "Colts".

Spack, medio abatido, exclamó:

—¿Y ahora qué, Zenker? Como habrá visto, mis previsiones no eran infundadas.

—No, por desgracia no lo eran, pero no me explico cómo esos malditos del infierno pudieron prever la celada pues nada había que les diera lugar a recelarla.

—No, y, sin embargo, parece como si alguien les hubiese puesto en guardia para...

Al oír la sugerencia de Spack, Vera se envaró y lanzando una exclamación de rabia, gritó agudamente:

—¡Stella!

—¿Qué sucede? —preguntó alarmado Spack.

Vera, con los dientes muy apretados y los ojos fulgurantes de odio, exclamó:

—¡Apostaría toda tu fortuna a que todo fue obra de Stella!

Ambos la contemplaron extrañados y la joven añadió:

—Sí, sólo ella pudo enterarse de nuestros proyectos a través del tabique que separaba su litera de la nuestra. Ya sabes papá lo romántica que es. Seguramente que cuando se enteró de que Jim no era un pistolero, sino el héroe popular de las masas, se sintió intrigada por él y concibió el proyecto de salvarle. La creo muy capaz de haber abandonado su litera para ir a ponerles en guardia.

Spack, rabioso, barboteó:

—¡La muy perra!... ¡He de deshacerla como a una brizna!

—Sí, la desharemos —afirmó Vera—. La odio como no he odiado a nadie en el mundo. Tan apocada, tan suave, tan melindrosa... Es capaz de llevarnos a todos a la horca con sus escrúpulos de niña gazmoña.

Zenker, que se había quedado meditabundo, dejó refulgir en sus crueles ojos una luz extraña y preguntó:

—¿Están ustedes dispuestos de verdad a deshacerse de ella?

—¡Oh, sí! —afirmó Spack— pero... de forma natural... ¿Comprende usted Bunker?

—Lo comprendo y se me ha ocurrido una idea que nos dejará libres de los tres.

—¿Cuál?

—Luego se la diré. Ahora lo que urge es llegar a poblado. Debemos estar, muy cerca de Mc Neil. Vamos a intentar llegar allí antes de que sea más tarde. No conviene que nos vean arribar con el equipaje.

Dándose prisa llegaban al poblado media hora después. La

mañana acababa de romper plenamente y bien podían pasar por viajeros recién apeados del tren que acababa de pasar por allí.

Buscaron una posada, y encerrados en ella, Zenker habló:

—Mi idea es la siguiente.

Sacó del bolsillo un mapa que siempre llevaba e indicando el recorrido de la línea con el dedo, preguntó:

—¿Qué agente tiene usted de confianza en Dallas?

—Pues… está Ryce. Es hombre activo y poco escrupuloso.

—Perfectamente. Escúchenme. Este es el Red River, aquí no daría tiempo a actuar porque está muy próximo a este lugar, pero aquí tenemos Greenville a unas cincuenta millas de Dallas. Si telegrafiamos a Ryce por medio de nuestra clave secreta, tendrá tiempo de reunir gente apta y desarrollar un plan eficaz.

—¿Qué plan?

—Sencillamente, éste. Desplazar a Greenville algunos de nuestros más decididos hombres, colocar una mina en el puente sobre el Sabine y hacer volar el tren cuando cruce por allí. El convoy se precipitará en el río y lo más seguro es que no se salve ni un cinco por ciento de los que viajan en el tren.

Vera, a pesar de su temple, se estremeció y Spack se puso pálido, pero Zenker, enérgico, apuntó:

—Es la única forma de que se libren ustedes de Stella y de que todos eliminemos al fantasma de Texas. No olviden que aparte de ser hombre activo y peligroso, cuenta con mucha gente que le adora. Sospecho que no obra por cuenta propia, sino por alguien de las alturas y si se dirige a Texas, va a frustrar nuestros planes sobre la presa. Ustedes piensen lo que les convenga y después, no se lamenten si el haberse mostrado blandos les cuesta muchos millones de dólares o acaso la vida.

Spack, rechinando los dientes, exclamó:

—Usted gana. Haga lo que le plazca, hágalo.

Vera no dio su opinión, pero dejó escapar de sus ojos una luz de salvaje alegría.

Entonces Zenker advirtió:

—Bien, quédense aquí que voy a telegrafiar a Ryce. Espero que haya tiempo y todo salga bien.

El cruel secretario abandonó la posada v se dirigió a la pequeña estación de telégrafos, donde cursó un telegrama al parecer de inocente contenido comercial, pero en aquel astuto texto iba firmada la sentencia de muerte de más de un centenar de personas.

Cuando regresó satisfecho, dijo:

—Creo que de momento no hay más que hacer.

—¿Hemos de quedarnos aquí? —preguntó Vera.

—Nada más que hasta mañana a estas horas. Cuando pase el

"express" nos dirigiremos a Texas y una vez que estemos en Greenville, sabremos a qué atenernos. Seguramente nos obligarán a cruzar el río en barca para tomar un nuevo tren que se formará en la otra orilla, pero en él podremos pasar tranquilamente, seguros de que todos nuestros enemigos yacerán en el fondo del río.

Aquella sentencia no pareció conmover a ninguno. Sus resecos corazones no latían más que para el egoísta negocio y todo lo que fuese atesorar millones estaba muy por encima del sentido de decencia y humanidad.

Pasaron un día muy aburrido en el poblado. No querían darse a ver por temor a ser reconocidos y hubieron de permanecer recluidos en sus habitaciones.

Spack, después de comer, decidió dormir un rato y Bunker, en unión de Vera se quedaron junto al ventanal de la habitación contemplando el polvoriento paisaje que se ofrecía a través del ventanal.

Bunker, que devoraba con la vista la atrayente silueta de Vera, se atrevió a tomar su mano, diciendo:

—¿Está usted satisfecha de mí, Vera? ¿Está contenta?

—¿Por qué no lo voy a estar, Oliver?

—No sé. La encuentro pensativa; abstraída... no es usted la misma que este tiempo atrás.

—¡Bah! Son figuraciones de usted. Acaso haya algo de eso, pero la situación no es muy alegre.

—No; no lo es, pero usted es una mujer dura y valiente. Hemos atravesado crisis tan malas como esta y usted siempre fue animosa y optimista. Parece como si ahora hubiese perdido la confianza en sí y... en mí.

—¿Por qué?

—No sé, y daría media vida por saberlo.

—Creo que también está usted un poco influenciado del momento.

—No; si acaso, es que soy suspicaz. Parece como si le hubiese interesado ese aventurero.

—¿A mí? —preguntó ella, entre vacilante y escandalizada.

—Sí; y digo que acaso sea muy suspicaz, pero la encontré a usted muy animosa con él.

—Me había salvado de un grave accidente. Se mostró como un hombre de nervio y valor y usted sabe que yo admiro a los hombres enteros.

—¿Acaso no lo soy yo?

—Sí, pero... en otro sentido, Oliver. Usted es un cerebro privilegiado... Planea las cosas estupendamente, pero carece de acción directa, de esa acometividad gallarda que subyuga... No sé si

me entenderá. No quiere esto decir que mi admiración por el valor frío de ese hombre tenga nada de sentimental… no… Le odio. Le odio con toda mi sangre, pero esto no es obstáculo para que deje de reconocer que es un hombre, como a mí me gusta que los hombres sean.

—¡Yo también lo soy, Vera! Usted parece no querer entenderlo. No siempre el valor suicida es el que triunfa. La cabeza y la astucia sirven para mucho más y yo poseo eso en abundancia. Gracias a ello, ustedes están haciendo negocios fantásticos, que de otra forma hubiesen fracasado. Creo que eso merece una recompensa.

—¿No la tiene usted ya? ¿Acaso mi padre no le tiene interesado en sus empresas y bien?

—Sí; pero no sólo de dinero vive el hombre. Se compran con él muchas cosas: conciencias, pistolas, vidas y lujo, pero a veces no se puede comprar el amor.

—¡Bah! Siempre hay quien lo vende al mejor postor.

—Quizá, pero no cuando ella tiene tanto o mucho más que se le pueda ofrecer… Vera, yo he hecho por usted muchas cosas, haré muchas más, tantas como me pida, pero las hago porque aspiro a que un día se dé usted cuenta del valor de mi persona y piense si le interesará unir su vida a la mía. Claro es que no tengo el capital de su padre, es muy difícil que hombre alguno lo posea, pero he ganado mucho a su lado y ganaré aún mucho más. Entonces podré elevar mis ojos a usted y ofrecerle cuanto ansíe, sin que piense que la deseo por su dinero.

Ella encogió los hombros, diciendo:

—¡El dinero! Me sobra, soy egoísta, quiero mucho más y, sin embargo, presiento que no será con él con lo que compre mi felicidad futura.

—Por lo mismo debe pensar en el hombre y no en el caudal.

—Quizá algún día lo haga. Hoy no he decidido torturar mi cerebro y mi corazón con ello.

—Pero… ¿puedo tener esperanzas de que ese día…?

—¿Por qué no? Todos podrían tenerlas. Nada hay que me comprometa y el futuro es un arcano.

—¡Ya! Sin embargo… Quisiera saber que no hay nada que elimine mis Posibilidades…

—No, no lo hay. Ya le digo que, de momento, toda imagen de amor se ha negado a reflejar en mi corazón.

Él suspiró, comentando:

—¡Es triste! Creí haber hecho tanto que podía confiar en haber adelantado algo de camino.

—Quizá, sí, Oliver. Está usted más cerca que nadie y quién sabe lo que el destino nos tiene reservado. De momento vamos a

ocuparnos del presente.

—A él estoy dedicado. Mañana nuestros temibles enemigos no existirán, a menos que el diablo los proteja, y en cuanto a su prima...

—Bien. No cante victoria, Zenker. Ayer pensaba usted igual y todo se hundió.

—Pero esta vez no será así. Mi pensamiento corre tanto como el relámpago y Jim Texas habrá sido capaz de parar un mal golpe, pero no podrá adivinar el inmediato. Ahora no habrá traidores a su lado que le salven.

La conversación terminó fríamente. Zenker adivinaba que aún se hallaba muy lejos de haber ganado la atracción de Vera y ésta parecía no encontrarse a gusto cuando el secretario insinuaba sus sentimientos hacia ella.

Por fin, al día siguiente cuando llegó a Mc Neil el tren que debía seguir a Texas, tomaron billetes para él, ansiando llegar a Greenville para tener noticias de sus siniestros planes.

Acaban de llegar a Stands, ocupando uno de los últimos vagones del convoy, cuando Vera, que había pegado el rostro al cristal de la ventanilla, lanzó un grito ahogado y convulsamente se aferró a la mano de su padre.

Éste, alarmado, se estremeció, preguntando:

—¡Por Dios, Vera! ¿Qué te pasa?'

Ella, con la palidez de la muerte en el semblante, señaló por la ventanilla y Spack y su secretario se arrimaron a la cristalera, echando un vistazo ansioso al andén. En aquel momento cruzaban éste con precipitación tres personas. Una era Jim, que llevaba del brazo a Stella y detrás le seguía Nino con los caballos de la brida.

—¡Que el infierno nos trague a todos! —rugió el secretario—. ¿Cómo ha podido ser esto?

Siguiendo con la vista los movimientos de sus enemigos vieron como Nino embarcaba los caballos, mientras Jim, siempre del brazo de Stella se dirigía a un vagón más adelantado.

Vera, con los ojos fulgurantes de ira, sintiendo que el rostro se le abrasaba en un fuego infernal y teniendo que comprimir los recios latidos de su corazón, seguía los movimientos de la pareja, y algo devorador parecía abrasar sus entrañas.

Volviéndose a Zenker, exclamó irónica:

—He ahí el éxito de sus planes, Oliver. Usted posee un excelente cerebro, pero hay alguien que le aventaja en eso y en valor personal.

El secretario acusó el golpe, rugiendo:

—Bien, reconozco que esto parece obra de milagro. Ni usted ni nadie en el mundo pudo sospechar que hubiesen abandonado el

tren detrás de nosotros. Ya veo que ha sido inútil el sacrificio del tren, pero no todo lo que se imagina. En Greenville tendremos que detenernos todos y allí… poco he de valer y de poder si salen vivos de allí.

—Ya lo veremos, Zenker. Me temo que por una vez le haya salido al paso quien vale cien veces más que usted.

—El tiempo lo dirá, Vera.

Dominados por un terrible nerviosismo y sumidos en el más hosco silencio, continuó el viaje. Las horas se les hacían interminables y en todas las estaciones del tránsito vigilaban celosamente ante el temor de que se apeasen en alguna, burlando sus nuevos planes.

Pero los dos aventureros y la muchacha no dieron señales de intentar abandonar el convoy, y así, en medio de la mayor zozobra, llegaron al siguiente día a Greenville. Cuando el empleado les anunció que no podían continuar el viaje hasta la mañana siguiente que cruzaran el río, se sintieron aplanados por la terrible responsabilidad que habían adquirido con el siniestro. Si Jim había adivinado sus proyectos y les denunciaba, se iban a ver expuestos a un gravísimo riesgo y urgía deshacerse de tan peligrosos enemigos de una forma rápida y segura. Anhelantes, esperaron a descender. No querían correr el albur de enfrentarse con Jim y el terrible mejicano y además no les convenía que sospec*hase*n que viajaban en el mismo tren.

Vera, llena de ansiedad, parecía querer quebrar el cristal con su rostro, de tanto como lo aplastaba contra él y a punto estuvo de hacerlo en un movimiento de rabia nerviosa, cuando volvió a ver a Jim del brazo de Stella cruzar el andén hacia la salida.

La joven, devorada por una ira infernal, murmuró:

—¡Oh, les odio, les odio como jamás odié a nadie en el mundo!

Zenker, que había perdido su aplomo, exclamó:

—Escuchen. Cuídense del equipaje y espérenme por los alrededores. Tengo que averiguar dónde van a hospedarse para no coincidir con ellos. Sería lamentable.

—Bien —dijo Spack—. Nosotros le esperaremos fuera de la estación.

Bunker inclinó las alas de su sombrero para ocultar su rostro y buscando los lugares más escondidos y, a distancia, siguió al trío, el cual, desorientado, tuvo que preguntar por una posada donde pasar lo que restaba de noche.

Cuando Zenker quedó tranquilo sobre el particular, volvió en busca de Spack y de Vera y se internaron en el poblado. Necesitaban encontrar una nueva posada donde pernoctar hasta el día siguiente.

Jim y sus amigos se habían dirigido a una situada en un lugar poco céntrico. Fué la más cercana y no les preocupó su aspecto humilde, pues sólo pensaban estar allí cuatro o cinco horas.

En cambio, Bunker encontró una situada en la calle principal del poblado y cuando dejó a sus amigos instalados, dijo:

—Quédense aquí y no se muevan. Voy a ver si la suerte me ayuda y dejo liquidado esto.

—¿Cómo? —preguntó el financiero.

—Voy a visitar los tugurios. Quizá en ellos encuentre algunos indeseables deseosos de ganarse un puñado de dólares. No los escatimaré si se comprometen a librarnos de semejante plaga.

Y, sin esperar contestación, abandonó el hotel y se deslizó a lo largo de la calle, estudiando los establecimientos abiertos en ella.

Capítulo VII

Pistoleros en acción

Oliver Zenker no era hombre de acción directa, no lo había sido nunca porque amaba la vida intensamente y prefería que otros se la jugasen por él, aunque esto le costase el dinero, pero era enérgico para sus planes, audaz en su desarrollo y no reparaba en obstáculos para consumarlos.

Aquel poblado, como todos, tendría habitantes buenos y malos. Si acertaba a tropezar con los peores, todavía podía haber un remedio para sus recientes fracasos y estaba decidido a descubrirlos, aunque perdiese toda la noche.

Cautamente se asomó a diversas tabernas y garitos echando profundas ojeadas al interior, pero de todos salió desilusionado. Cierto que descubrió hombres de aspecto poco tranquilizador, borrachos y jugadores en su mayoría, pero no los tipos que él conocía a fondo, por ser el elemento que más manejaba para la acción directa.

Abandonó la calle principal y dio varias vueltas al albur, hasta que al cruzar por un callejón lóbrego, descubrió un vano de luz rojiza que le atrajo. Era una puerta cubierta con una cortina de sarga roja que despedía un reflejo sangriento, y, deteniéndose, la examinó con atención.

El establecimiento se titulaba "El lobo rojo", título caprichoso y atrabiliario, y de su interior emergían carcajadas groseras, voces roncas y destempladas, maldiciones y aullidos, y aunque nada de aquello era tranquilizador, no dudó en aventurarse en su interior.

Si allí no encontraba el material apetecido, tendría que renunciar a sus proyectos, cosa a la que no estaba acostumbrado.

Sin vacilar, empujó la velada puerta, penetrando en la taberna que, llena de humo de los quinqués y de las pipas, presentaba un halo azulino desdibujando las siluetas de los clientes.

Zenker, con la mano en el bolsillo de la chaqueta donde guardaba su pequeña pistola, se dirigió al mostradora solicitando un vaso de *whisky*. Avanzó audaz, tratando de dar sensación de hombre duro y poco impresionable, y se quedó erguido junto al estaño del mostrador, mirando de reojo a los parroquianos que tenía más cerca.

Entre éstos había un grupo de cinco que se mostraban en pie con sendos vasos de *whisky* en la mano. Uno de ellos, que parecía poseer

más autoridad o más audacia, que medio tambaleaba por efecto de la bebida, pero dejaba adivinar que era difícil que ésta le pudiese vencer.

El individuo, de un metro setenta de alto, ancho, pesado, con unas manos impresionantes y un rostro barbudo que le daba un aspecto más feroz, volvió la cabeza y al fijar sus turbios ojos en Zenker, lanzó una carcajada brutal y exclamó:

—¡Bravo!... Un señorito del Este alternando con Larry "El Oso" y sus amigos. De éstos no habíamos tenido aún compañeros. Brindemos por el señorito del Este.

Zenker adivinó alguna jugarreta de "El Oso" y adelantándose, exclamó:

—Tabernero. Media docena de botellas de *whisky* del mejor para estos valientes. Yo pago.

"El Oso" se le quedó mirando con el vaso agarrotado entre los dedos y exclamó con voz ronca:

—¿Lo dices de verdad, forastero?

—Y si no basta media docena, pago una.

—¡Bravo!... A mí no me engañas tú con ese disfraz. Tú no eres un señorito místico del Este.

—Realmente no lo soy, o al menos sé alternar con la gente.

—Pues venga esa mano. Larry "El Oso" es tu amigo desde ahora y cuando Larry dice que es amigo de uno lo es para todo.

Se repartieron las botellas, el grupo se disgregó y Zenker, atrayendo a Larry a su lado, preguntó en voz baja:

—¿Qué tal gente tienes a tus órdenes?

—¿Qué preguntas? Lo mejor de la región.

—Me alegro. ¿Cómo marchas de dinero?

—Mi pellejo no vale en este momento más de tres dólares, pero espero un golpecito...

—Escucha, yo tengo otro más rápido y acaso mejor pagado. Tres mil dólares en dinero contante y otros tres mil si el trabajo es ejecutado rápido, seguro y con limpieza.

—¡Por Judas! Por ese dinero en este momento... ¿Qué hay que hacer?

—No supondrás que se trate de asistir a un rodeo.

—Por supuesto. ¿Sangre a la vista?

—Tres carroñas.

—¡Bah! No es mucho para cinco, tocaremos a media.

—No te hagas ilusiones. Hay dos huesos muy duros.

—¡Bueno! No me lo digas. ¿Qué hueso ha dejado de roer en su vida Larry "El Oso"? ¿Por qué crees que me llaman así?

—Te digo que hay dos huesos muy duros y lo sé bien, por eso pago mejor. El otro es una nimiedad. Se trata de una muchacha.

"El Oso" hizo un gesto agrio:

—¿Por qué la muchacha?

—Por soplona. Se fue de la lengua, frustró un negocio que costó siete vidas.

—¡Ah, ya! De todas formas... eso vale mil más.

—Es mucho. Me he excedido.

—No, tú eres un zorro. Cuando das eso, es porque vas a ganar más. Añade otros mil.

—De acuerdo, pero, bien entendido que los tres mil de ahora es por intentar el asunto y los otros cuatro mil por consumarlo.

—De eso no te preocupes. ¿Dónde está "la carne"?

—En una posada a la que os llevaré.

—De acuerdo. Vamos andando.

Abandonaron la taberna y enfocaron la calle principal.

Zenker detuvo a Larry, diciendo:

—Espera un momento, voy en busca del dinero.

Rápidamente se presentó en las habitaciones de Spack y su hija, advirtiendo:

—Escuchen, yo también soy precavido. Voy a intentar un golpe decisivo que espero salga bien, pero nadie sabe lo que puede suceder. Cuando yo salga, cojan el equipaje y marchen a la orilla del río, más allá del puente hundido. Allí encontrarán barcas amarradas de las que por la noche no se ocupa nadie. Esperen allí y si hubiese conato de peligro, me uniría a ustedes y cruzaríamos el río.

No quiso escuchar a Spack, que pedía detalles y salió rápidamente, uniéndose al pistolero.

Le entregó los tres mil dólares y les llevó a la posada, diciendo:

—Ahí se hospedan, ignoro el departamento; averiguarlo. Son tres viajeros que han llegado hace un rato, un mejicano, la chica y un tejano. Vosotros os las arregláreis para que os indiquen la habitación.

Larry se guardó el dinero y exclamó:

—Bueno, amigo, pero como yo no me fío de palabras, te voy a dejar por aquí en unión de uno de mis hombres para asegurarme el pago de los otros cuatro mil cuando el negocio esté ultimado, no sea que te largues y nos dejes burlados.

Zenker protestó pero “El Oso” no quiso hacerle caso y le dejó con uno de sus pistoleros, diciendo:

—Bueno, Peter, tú te encargas de guardarle hasta que nosotros volvamos. Será cuestión de pocos minutos.

—Descuida, que está en buenas manos —repuso el forajido.

Se separó de la posada, tomando posiciones en un esquinazo, desde el que podían abarcar el pequeño edificio de madera y allí, el

audaz secretario, aguardó consumido por la impaciencia. El paso desesperado que había dado era terrible. Se exponía a que fracasara y a ser perseguido o a que interviniese el *sheriff* y estaba deseando que aquel monstruo diese fin a su trabajo para entregarle el dinero, desligarse de él y cruzar el río, evadiendo toda responsabilidad.

Larry, con sus enormes revólveres empuñados, y seguido de cinco de sus hombres, se acercó a la posada y penetrando sigilosamente, sorprendieron al dueño, que estaba terminando de recoger el servicio del bar.

Larry le encañonó diciendo:

—Vuélvete mudo, amiguito, si no quieres que te corte el resuello para siempre. ¿Dónde duerme un mejicano, otro que le acompaña y una muchacha, que han llegado hace poco más de una hora?

El posadero, temblando, murmuró:

—En el piso de arriba, habitaciones número nueve y diez.

"El Oso" se dirigió resueltamente a la escalera, seguido de sus secuaces y alcanzando el pasillo, buscaron las habitaciones indicadas.

Se detuvieron ante la número nueve, y tras una breve vacilación; Larry murmuró, dirigiéndose a unos de sus hombres:

—Ayúdame a echar ese tablón abajo. ¡Vamos!

Tomaron impulso y, lanzados al unísono contra la débil puerta, dejaron caer sobre ella su recia humanidad volando la puerta en astillas, al tiempo que un horrísono estruendo de objetos de metal rodando por el pavimento, se unían al crujido de las astillas.

Pero cuando ambos forajidos trataban de lanzarse impetuosamente al interior, varias detonaciones vibraron casi al unísono y "El Oso" y su compañero, llevándose la mano al vientre, lanzaron un terrible rugido de dolor y cayeron sobre el piso del pasillo, revolcándose en un charco de sangre.

Sus tres compañeros, rabiosos, saltaron tratando de acudir en su auxilio, pero un huracán de plomo barrió el pasillo y dos de ellos cayeron a tierra mal heridos, en tanto que el tercero, que había escapado indemne por milagro, huía pasillo adelante buscando la escalera para escapar a una muerte cierta.

El golpe se había malogrado debido a las precauciones tomadas por Jim. Éste, escamado de todo, no dejaba nada al albur y, así, cuando decidió dormir algunas horas hasta el momento de cruzar el río, dejó preparada la puerta de forma que al menor intento de forzarla, algo le avisase del peligro que corría.

Sobre el respaldo de una silla, colocada en posición inestable junto a la hoja de la puerta, colocó de canto la jofaina de metal. De esta forma, apenas se moviese la puerta, el adminiculo caería al suelo con estrépito, provocando la alarma.

Y así fue, en efecto. Al terrible empujón, la jofaina rodó estrepitosamente, y tanto Jim como Nino, que dormían vestidos sobre los lechos con los revólveres debajo del cabezal, se apresuraron a echar mano de ellos y a disparar cuando Larry y su compañero intentaban penetrar en la habitación.

El efecto de sus disparos fue fulminante. Ambos forajidos cayeron a tierra malheridos y Nino, lanzándose impetuosamente hacia el pasillo, llegó a tiempo de enfrentarse con los otros tres indeseables abatiendo a dos de ellos y haciendo huir al tercero.

Jim, alarmado, se apresuró a llamar en la habitación de Stella, en la que la muchacha, muerta de miedo, se había refugiado detrás del lecho, pero al reconocer la voz de Jim se adelantó a abrir y, presa de una enorme tensión nerviosa, se arrojó en sus brazos gimiendo:

—¡Oh, Jim, creí que... que... le habían matado!

—No se alarmen, Stella. Soy muy duro de pelar Yo era el que temía que le hubiese sucedido algo.

Nino, que se hallaba furioso, echó un vistazo a los caídos y dirigiéndose a Jim, preguntó:

—Bueno, *manito*, dime qué hago con esta carroña o así...

—Espera —rogó Texas—. Vamos a ver si averiguamos de dónde parte el golpe. Estos sapos no pueden haber obrado por su propia cuenta...

Se dirigió al compañero de Larry y poniéndole el revólver en la cabeza, gritó

—¡Habla o te vuelo la cabeza!... ¿Quién te ha pagado por intentar este acto cobarde?

El bandido, revolviéndose entre espasmos de dolor, gruñó:

—El diablo que cargue contigo y con él. Fué un individuo que entró en el garito y trató con Larry. Dos mil dólares por cabeza ofreció por vuestro pellejo. ¡Así le trague el infierno!

—¿Qué señas tenía el individuo?

El bandido dio las señas de Bunker y Jim, adivinando que no se hallaría muy lejos, rugió:

—¡Adelante, Nino, esos sapos no se han despegado de nosotros! Tenemos que encontrarles.

Nino se rascó la cabeza y tomando el cuerpo de Larry lo levantó en vilo, arrojándole por la ventana a la calle. Repitió la escena con los otros tres y luego, dirigiéndose a Jim, comentó:

—Creo que nos hemos divertido un ratito, *manito*. Ahora dime qué hay que hacer.

—Buscar a Zenker por el poblado. Tiene que estar escondido en alguna parte.

—Pues andando, *manito*.

En aquel momento vibró una sorda detonación en la calle y ambos, envarados, empuñaron el revólver, pero nada se produjo.

—¿Qué diablos habrá sido eso? —preguntó Texas.

—Serán los lobos que se pelean entre sí, amito; ahorita mismo lo vamos a saber.

Y, como locos, enfilaron el pasillo, lanzándose escaleras abajo para ganar la calle.

Cuando Larry había desaparecido en el interior de la posada, Bunker no quedó muy tranquilo sobre el resultado de su plan. Conocía por experiencia a Texas y sabía que se trataba de un enemigo muy duro al que no era tan fácil vencer.

Por ello, permaneció con todos sus nervios en tensión, oculto en el esquinazo de la calle, custodiado por el pistolero, que esperaba confiado el resultado del ataque, así, cuando vibraron los primeros disparos, se volvió a Zenker, diciendo:

—Mi amigo, vaya preparando esos miles de dólares. Larry es un tío con toda la barba despachando gente.

Pero su sorpresa fue enorme cuando, poco después, a través de una de las ventanas del edificio empezaban a caer a la calle cuerpos ensangrentados, como si fuesen peleles de paja.

El pistolero lanzó un rugido, gritando:

—¡Por el infierno! ¿Qué diablos ha sido eso?

Zenker se dio cuenta rápida del fracaso del bandido. Texas era un hueso muy duro de roer y lo trágico para él, era que se revolviese intentando buscar al organizador de la emboscada.

Sin titubear un momento, antes de que su guardián pudiese intentas retenerle, sacó su pistola disparando sobre él a boca de jarro. El bandido, atacado por la espalda, se volvió, tratando de sacar el revólver y disparar sobre su inopinado agresor, pero cuando torpemente lo intentó, ya Zenker había dado la vuelta a la esquina y corría desesperadamente hacia la orilla del Sabine.

La noche era clara y le permitía avanzar con facilidad escrutando las orillas. Diez minutos después, cruzaba ante el volado puente, que era un armazón de hierros y astillas confusas y avanzando bastantes metros más, logró por fin descubrir las siluetas de Spack y Vera, que le esperaban con los nervios en tensión.

—¿Qué pasó? —preguntó indeciso el financiero.

—¡Un fracaso! —rugió Zenker—. Ese hombre es de hierro... Cinco formidables pistoleros, entre ellos un jefe de banda a quien llaman "El Oso", y lo era en realidad, han fracasado trágicamente. Cuatro cuando menos han caído. Vi como los arrojaba por una ventana como muñecos.

Snack se quedó pálido. Un sudor de muerte invadía sus sienes.

—¿Y ahora? —balbució.

—Ahora vamos a cruzar el río todo lo aprisa posible y a poner tierra de por medio. Me temo que sospeche de dónde procede el golpe y nos busque. No soy un cobarde, pero no quisiera verme ante el revólver de esa pareja de energúmenos.

Spack, con mano nerviosa, empezó a desatar las amarras de una de las barcas, mientras Zenker, acercándose a Vera, exclamaba con dolor:

—¡Lo siento, Vera, hice cuanto pude!...

—Me temo que esté usted haciendo cuanto puede... para que nos cuelguen a todos. Hasta ahora, sólo ha luchado usted con cachorros de coyote y pudo triunfar. Desde este momento tiene usted enfrente un verdadero león y acabará clavándole la zarpa en el cuello —afirmó, irónica, Vera.

Él acusó la puya, contestando:

—Ya veremos. Podrá usted alegar que mis zarpazos han sido inofensivos para él, pero hasta ahora, no ha rozado mi piel y yo sí la suya.

—El día que la roce, no lo contará usted, Zenker, me la dice el corazón.

—Ya lo veremos.

Spack, terminada su labor, musitó:

—¡Vamos, por Dios, me quema los pies esta tierra!

Pasaron a la barca y Zenker, empuñando los remos, trató de cortar la rápida corriente. No era tarea fácil porque el río bajaba muy crecido y durante mucho rato luchó contra la riada, desviándose más de la cuenta, aunque poco a poco iba consiguiendo cruzar el cauce.

Por fin, un remanso le brindó la ocasión de varar la embarcación en el fango y tras penosos esfuerzos, consiguieron tomar tierra.

—Bien —comentó Spack—. Ya hemos cruzado. ¿Y ahora?

—Ahora —afirmó Zenker— lo lamento, pero tenemos que darnos un paseo de unas millas. Más abajo, existe un pueblo que es Royse, de él parte una diligencia de la "Pony Exprés". Si llegamos al amanecer, podemos tomarla y llegar a Dallas antes que nuestros enemigos. Una vez allí, seguiremos en tren hasta St. Ángelo y después... que nos busquen.

La situación no se prestaba a discusiones.

Había que tomar medidas radicales si querían librarse de las garras de Texas y, sin vacilar, emprendieron la marcha.

Ésta fue penosa para Spack, acostumbrado a viajar con toda clase de comodidades y para la propia Vera, que no aclimatada a largos paseos, acusaba la jornada, pero la enérgica joven, mordiéndose los labios de rabia y lanzando a Zenker miradas de odio, siguió por la polvorienta cinta de la carretera con uno de los

maletines en la mano, mientras Zenker, hosco y hermético, seguía tras ella. Rompía la mañana cuando distinguieron el poblado. Habían andado cerca de cinco millas y estaban sudorosos, polvorientos y deshechos de los pies, hasta el punto de que Vera, no pudiendo contener su ira, exclamó:

—Esto… no se lo perdonaré en la vida, Zenker

Capítulo VIII

Nino tiene ganas de bromas

El estruendo de las detonaciones, los gritos de dolor de los heridos, la presencia de sus cuerpos arrojados a la calzada, todo contribuyó a sembrar la alarma en el poblado y no tardando mucho, el *sheriff* hizo acto de presencia en la posada.

Jim se hallaba tranquilizando a Stella que, víctima de un profundo ataque nervioso, necesitó de asistencia para calmar su excitación.

Cuando Texas se enfrentó con el *sheriff*, se limitó a enseñarle la documentación que le había sido facilitada, advirtiendo:

—Asunto de Estado, señor *sheriff*. Espero que esto le deje satisfecho.

—No es preciso más, señor. Esos documentos y su nombre son una garantía. Por otra parte, la limpieza que ha ahecho usted merece mi agradecimiento. Larry era un elemento muy peligroso en la región.

Luego trató de inquirir las causas de la agresión y Texas le respondió vagamente sin darle detalles precisos.

—¿Puedo hacer algo por servirle? —preguntó el *sheriff*.

—Desearía saber qué elementos extraños al pueblo hay aquí. Busco a tres determinados a los que debo acusar de este atentado y de algo más grave.

—Haremos una requisa. Si quiere, acompáñeme.

Texas no tardó mucho en averiguar que Spack y sus satélites habían levantado el vuelo de la posada donde se hospedaban. Aunque no dieron el nombre, por las señas pudo localizarles rápidamente.

Texas sospechó la forma en que habían huido, pero ya nada podía hacer por localizarles. Le urgía llegar a la presa y estaba seguro de tropezarse allí con ellos. Agradeció al *sheriff* su ayuda y decidió continuar el viaje. Estaba amaneciendo y no tardando mucho, se organizaría la caravana para cruzar el río y tomar el nuevo tren que se había formado al otro lado del puente. Sobre las diez, de la mañana rodaban camino de Dallas. Esta vez, aunque requisaron el convoy de punta a punta, no descubrieron en él a sus enemigos.

—Les urgía poner mucha tierra por medio —advirtió Texas—, pero no tardaremos en saber de ellos. Es cuestión de horas.

Stella que se había calmado, exclamó:

—Es usted un hombre de suerte, señor Texas —dijo—. Otro cualquiera hubiese caído ya en los varios atentados que se organizaron contra usted.

—Sí; pero no todo es suerte. Hay mucho de precaución y de fuerza, vivimos alerta... Eso es todo.

El viaje hasta Dallas y más tarde a Fort Worth, se realizó sin novedad y era de noche cuando llegaron a esta última capital.

Ya en ella, Texas advirtió a Stella:

—Lo siento, pero no puede usted continuar con nosotros. Vamos a un sitio pequeño, sin protección, donde su tío es el dueño y cuenta con elementos peligrosos y su presencia sería grave para todos. Debo dejarla aquí hasta que resuelva el asunto de la presa.

Stella palideció al oírle. ¿Qué iba a hacer ella sola en semejante lugar desconocido?

Texas le tranquilizó diciendo:

—No se preocupe, que voy a dejarla en buenas manos. Aquí tengo personas amigas que se harán cargo de usted y la cuidarán con cariño. No pase temor.

Stella tuvo que resignarse y Jim se apresuró a visitar a un rico comerciante que había sido compañero suyo en la guerra, quien enterado de lo que sucedía, se brindó a hacerse cargo de Stella.

—Déjala aquí, Jim —dijo—. Te la cuidaré como a una hija. Mi mujer está sola y le servirá de compañía.

La joven fue trasladada a la casa del comerciante, donde la acogieron cordialmente. La muchacha pareció tranquilizarse y Texas, que ardía en deseos de partir, dijo:

—Bien, Stella, espero que quede tranquila. No creo que tardemos muchos en regresar para ocuparme de su asunto.

La muchacha, emocionada, le tomó de los brazos y con lágrimas en los ojos, balbució:

—Jim... señor Texas... ¡Por amor de Dios, no se exponga! Hágalo por usted y por mí... si usted cayese yo... yo... me moriría de dolor.

Y en un arranque de angustia, rompió a llorar abrazándose a él convulsa.

Texas sintió junto a su rostro el cosquilleo del dorado cabello de la muchacha notó los latidos de su corazón juntó al suyo y sufrió una fuerte sacudida. Era algo nuevo y no sentido que parecía encenderle la sangre.

Desprendiéndose bruscamente de sus brazos, exclamó:

—Se lo prometo, Stella, Confíe en mí... Volveré...

—¡Que Dios le oiga! —exclamó ella sollozante.

Abandonaron la casa y, ya en la calle, Nino, que parecía sentir un hormigueo en la lengua por hablar, masculló:

—¡Qué suerte tienes, *manito*!

—¿Por qué?

—Porque... bueno, tú ya me entiendes, creo yo. Es una *chula* que... ¡maldita sea Sonora!..., vale una mina, creo yo.

—Lo que yo creo es que no dices más que tonterías, Nino.

—Bueno va, maniato... No disimules, ¡*repinto*! La chica está que se deshace por tus huesos... ¡Si lo sabré yo!

—¡Tú qué vas a saber, animal!

—Bueno, bueno, al tiempo... Déjala que descanse que buena falta le hace, pero a ti... ¡*Repinto*... y qué pareja más *requetechula* vais a hacer los dos! Texas le dio un manotazo para que se callase y luego advirtió:

—En lugar de decir idioteces, ocúpate del viaje. Salimos dentro de media hora.

—¿Otro viajecito en tren?

Sí Salimos en el "Trunt Pacific" hasta Stanton, junto al río Concho. Desde allí bajaremos a caballo. Apostaría la cabeza a que nos esperan en San Ángelo y no quiero darles ese gusto.

Cumpliendo el programa, media hora después se hallaban en el vagón rodando por las llanuras de Tejas camino del lugar indicado por Jim.

Era de noche cuando el tren llegó a dicho poblado y ambos se dirigieron directamente a una posada, conocida de Tejas, donde se lavaron asearon, devorando después un suculento menú.

El dueño de la posada, un antiguo sargento de las brigadas de Kansas, acogió complacido a Jim y le brindó cuanto de bueno tenía en su establecimiento.

Texas aprovechó la cena para informarse de los acontecimientos y el posadero le dio algunos datos muy útiles.

—¿Pregunta usted por la presa? —dijo—. No sé qué decirle: La región está un poco sobresaltada. Se tenían muy buenas esperanzas sobre ella, pero últimamente han ocurrido ciertas cosas que nos tienen preocupados. Parece que la obra no está tan clara como parecía.

—¿Por qué?

—No se sabe. Se afirma que el terreno es malo, que hay peligros de corrimientos de tierras... El material, por otra parte, parece no responder. Hace unos días, se hundió una sección y hube víctimas. Los obreros intentaron declararse en huelga ante el peligro que corrían. También han ocurrido atentados contra las obras.

—¡Ya!... ¿Mucha gente extraña por los alrededores?

—Bastante. Van y vienen tipos sospechosos. Claro que por aquí siempre los hay, pero... han aumentado... Si desea conocer a alguno, no tiene más que darse una vuelta por "La mina de plata". Es un

tugurio donde se reúne lo peor del contorno

—Bien, creo que la visitaré. Tengo cosas importantes que hacer sobre este tema.

Después de cenar, requisaron sus armas y se dirigieron a "La mina de plata" un garito de los arrabales del poblado, cuya presencia predisponía por sí sola contra cualquier visita.

Nino, adelantándose, empujó suavemente la puerta y se quedó un momento contemplando el interior, sucio, lóbrego y maloliente. Los clientes eran muy escasos, pero frente al mostrador, de espaldas a la puerta, se destacaba un individuo duro, grande, de anchísimos hombros, luciendo a la cintura un impresionante "Colt".

El individuo, con un tono de voz que obligó a Nino a arquear los ojos, decía al tabernero:

—Escucha, Peter. Luego vendrán por aquí mis amigos. Les dices que a las doce estén preparados y me esperen en "La cañada de los grajos". He recibido órdenes del jefe y los necesito.

—Está bien, Lanley —dijo el tabernero—; les daré tu aviso.

Nino, sonriendo, se acercó al individuo y poniéndole su férrea mano sobre el hombro hasta obligarle a inclinarse de lado, exclamó gozoso:

—¡*Repinto*!... ¡El amigo Lanley por aquí!... ¡Qué grato encuentro creo yo! ¡Con las ganas que tenía de que acabásemos aquella amigable charla que empezamos en el Este!

El bandido a quien Nino tratara tan cruelmente en el tren cuando salían de Wáshington, se revolvió furioso y al reconocer a su duro enemigo, trató de requerir el revólver, pero ya Nino había tirado de él y a pesar de estar bien adherido al cinto, se lo había arrancado como una pluma.

—¡No se me violente, amigo, que tiempo habrá para todo, me parece a mí!... ¿Cómo le ha ido de aquel viajecito por el aire en la estación de allá? Supongo que tendrá todos sus huesos en orden o así, ¿no?

El tabernero adivinó que aquel mejicano gigante no abrigaba muy buenos propósitos con el bandido, e inclinándose, introdujo la mano debajo del mostrador para sacar el revólver que siempre tenía allí escondido, pero fue demasiado lento en la maniobra. Nino, con una rapidez increíble, atenazó un vaso con la mano terriblemente gruesa y lo arrojó sobre la cabeza del tabernero, quien lanzando un aullido cayó por detrás del mostrador como si hubiesen tirado de él manos invisibles.

Lanley, furioso al verse desarmado, trató de encajar su puño sobre el rostro de Nino, quien rehuyó el golpe y el bandido, furioso, rugió:

—¡Te desharé como a una tortuga, maldito sapo mejicano!

¡Tienes que pagarme lo de allá arriba!

—¡Pues claro está mi amigo! ¿A qué he hecho un viajecito tan largo sino para eso?

Se despegó de Lanley, dándole un terrible empujón que le lanzó contra pared, haciéndola retemblar y añadió:

—Bien, amigo, vamos a continuar aquella pequeña discusión. Espero que esta vez te muestres más elocuente que entonces.

Nino se remangó las mangas de la chaqueta y esperó la acometida del bandido. Éste no era un enemigo despreciable ni aun para él y debía no dejarle llegar con los puños a su rostro, si no quería sufrir un duro castigo. Lanley, ciego de coraje, se lanzó como una tromba sobre el mejicano, quien afianzando sus enormes piernas sobre el piso, no se separó de él y esquivó con esguinces los ataques de su ene- migo, hasta que aprovechando una oportunidad, le colocó un terrible golpe en el estómago que le obligó a doblarse hacia adelante, rugiendo de dolor. Nino le atenazó por el pelo y tirando de él hacia arriba, exclamó:

—No se me arrugue, *repinto*, que *parese* un acordeón viejo o así... Dé la cara el *pringao* como los hombres, y aguante las carisias... ¡Vamos, *manito*, que tengo mucha prisa!

Lanley, quebrantado por el golpe, se enderezó como pudo y cerrando su guardia, trató de marear al mejicano dando vueltas en derredor de él, pero Nino, burlón, no le perdía la cara, comentando:

—¡No baile o así! ¡Maldita sea Sonora!... Que *parese* un angelito *repintao* o de eso que hay en los garitos de las grandes capitales. Pegue como los hombres y no salte como los monos.

Lanley, rechinando los dientes, seguía girando en derredor de Nino, a quien aburría tal táctica, hasta que, furioso, dio media vuelta, le atenazó por el cuello y levantándole en vilo como a un sapo, rugió:

—¡Maldita bailarina!... Pero ¿con quién te crees que estás peleando, coyote del demonio? Ahora verás cómo trato yo a los mocosos como tú.

Le escupió en el rostro y con un violento esfuerzo, le hizo girar en el aire como un aspa, para terminar lanzándole contra la pared fronteriza, donde fue a estrellarse reventando el tabique de madera.

Los pocos clientes que habían asistido al espectáculo, lanzaron un ¡oh! de terror y Lanley, machacado literalmente, quedó en tierra agitándose trágicamente.

Nino hizo intención de machacarle la sangrante cabeza con su terrible bota, pero Texas le detuvo, diciendo:

—Todavía no, Nino. Le necesito.

—Bueno, puedes comértele si quieren, *manito*, ya lo tienes casi convertido en pulpa.

—Bien, tómale en brazos y vamos donde se levante un buen árbol. Tengo algo muy bueno para él.

El gigante le tomó como un guiñapo y, arrastrándole, le sacó de la taberna. Al final de la calleja crecían varios árboles y Nino se detuvo ante uno de ellos.

—Éste resistirá, creo yo —afirmó—. Podemos probar.

—Espera. Voy a darle una oportunidad de salvar la vida por esta vez.

Se acercó al maltrecho bandido, que estaba medio desencuadernado y, fríamente, le advirtió:

—Puedo colgarte inmediatamente, pero te concedo por esta vez la vida si hablas. ¿Qué proyectabas para esta noche?

El bandido rechinó los dientes y enmudeció. Texas, indiferente, ordenó:

—Cuélgale de los pies, Nino. Tardará más en morir.

Lanley, aterrado, trató de moverse y suplicó con voz ronca:

—¡No!... ¡No!... ¡Hablaré!...

—¿De qué se trata? Te advierto que si me engañas, te haré sufrir como no lo soñaría un indio navajo.

—El jefe me ha ordenado que reúna mis hombres y nos dirijamos a Barstow, donde está la presa. Debernos subir a un mercancías que pasará a la una de la noche y llegar allí de madrugada. Nos esconderemos en un desfiladero próximo y a la noche siguiente debemos tomar parte en una voladura que se prepara.

—¿Quién es tu jefe? —preguntó Texas.

—¿Quién va a ser? El que maneja todo este tinglado.

—¿Cómo se llama, te pregunto?

—No lo sé, es un tipo con la cabeza cuadra y la mandíbula saliente. Creo que le llaman Oliver.

—¿Dónde está ahora?

—En Barstow.

—¿En qué lugar?

—En upa choza de ovejeros que hay en las afueras. Allí al menos me tiene citado mañana por la noche.

— ¿Cuántos hombres esperas?

—Seis.

—¿Nada más?

—Hay más, pero están en el poblado. Yo sólo tengo a mis órdenes a seis. Los demás no han llegado aún a Texas.

Jim estimó que nada más podía decirle el bandido y mirándole con asco, exclamó:

—Debía ahorcarte por canalla, No lo hago, porque te he dado mi palabra, pero no faltará algún día quien lo haga si es que sales de

ésta. Nino, déjale y vamos a la taberna. Tenemos algo que hacer allí.



Descubrió a Nino con el revólver humeante...

—Bueno, *manito*—dijo suavemente el mejicano—. Echa para *alante*.

Jim se volvió y en aquel momento vibró una detonación a su espalda y al volverse, descubrió a Nino con el revólver humeante en la mano.

—¿Qué has hecho, condenado? —preguntó duramente.

—Pues verás, *manito*...—y soplaba el cañón del revólver para ahuyentar el humo— me ha mirado ese infeliz con tal aire de pena al saber que no le ayudábamos a subir al cielo, que, ¿cómo no? me ha dado lástima y lo he enviado para allá arriba. ¡Lo estaba deseando el *pringao*!

—Has hecho mal, Nino. Le di palabra de respetar su vida.

—Creo yo que sí... pero yo no. Tú dijiste que alguien le ahorcaría algún día... me dio tal lástima de ver al pobre colgadito de una rama, que... bueno... ¡Ha debido irse *pa* allá arriba *bendisiéndome*!

Texas no dijo nada. Él había cumplido su palabra, aunque Nino no entendiese de sus sutilezas.

—Bien —dijo—; ya no tiene remedio. Quizá haya sido mejor para todos. Ahora hay que descubrir a la partida y apresarles. Inmediatamente tomaremos ese, mercancías, y nos dirigiremos a Barstow. Tenemos que evitar la catástrofe y entendérnoslas con

Zenker y compañía.

—¡Va bueno, *manito*! Eso agrada más. A ese sapo de la cabeza cuadrada le tengo que poner el corazón como collar para que vea lo negro que lo tiene. Andando, *Manito* que se hace tarde.

Regresaron a la taberna. Los clientes asustados la habían abandonado, y el tabernero continuaba tras el mostrador privado de sentido.

Nino le tomó por los pies, le arrastró al interior y tras amarrarle reciamente, salió fuera, diciendo:

—¿Y ahora, qué, *manito*?

—Ahora te vas a colocar detrás de ese mostrador para atender a la clientela y cuando venga alguno preguntando por Lanley... me lo dejas, que yo le contestaré.

—Va bueno, creo yo... Pues sí, me agrada esto de despachar *whisky*. Aunque esto es una covacha o así... no parece que sea malo. Oiga, amigo, en esta casa somos muy cordiales,

Y tomando una botella, la descorchó por el procedimiento de romper el cuello de la botella de un golpe contra el estaño del mostrador.

Sirvió un buen vaso a Jim y se llevó la botella a los labios hasta casi apurar su contenido. Texas le regañó:

—Nino, eso no es decente...

—La casa es generosa, señor. ¿Le apetece otro vaso?

—¡Basta! Te prohíbo que bebas más.

—Lo siento. Necesito tonificarme, la muerte de ese infeliz me ha conmovido.

Jim se sentó en una mesa y Nino, tomando con disimulo otra botella, se inclinó detrás del mostrador buscando la manera de abrirla sin llamar la atención de su jefe.

En aquel momento se abrió la puerta y un individuo, mal encarado, pero bien armado, penetró en el antro dirigiéndose al mostrador. Nino se irguió, preguntando:

—Diga, *manito*. ¿Qué le apetece más?

—¿Dónde está Peter? —preguntó el recién llegado, con desconfianza.

—¿Mi primo, dice? ¡Oh, el pobre tiene un dolor de cabeza terrible…! Se ha emocionado del golpe... del golpe que ha significado para él el verme al cabo de tantos años... Está descansando, ¿sabe? Pero yo le represento. ¿Quería algo?

—Sí, esperaba un recado y...

—¿Cómo no? ¿De Lanley, acaso?

—Sí, de Lanley... ¿Estuvo aquí?

— ¡Claro que sí, maniato! Y dejó dicho que se reúnan aquí y le esperen. *Alueguito* mismo nos vamos a ir todos para allá abajo.

—¿Usted también?

—Pues claro, ¿cómo no? Yo también... ¡Menuda fiesta se prepara para que yo me la pierda!

—Pues deme un *whisky*. Esperaré.

Nino se apresuró a abrir la botella y sirvió lo pedido. El forajido se sentó y Jim se colocó de manera que no le perdiese de vista.

Nino aprovechó la oportunidad para intentar beberse el contenido de la botella, pero Jim gritó:

—¡Oiga, mejicano del diablo, sírvame otro vaso de ese veneno!

Nino torció el bigote y llenó un vaso, pero antes de servirlo, apuró el resto de la botella.

—¡No tan veneno, *manito*, a mí me parese gloria!

Con pequeños intervalos, fueron apareciendo los restantes miembros de la cuadrilla de Lanley. Nino les sirvió un buen vaso y les ordenó sentarse en lugar estratégico para tener a todos reunidos con ventaja.

Cuando el último se hubo sentado y entre los seis empezaron a hablar en voz baja, Jim se levantó haciendo una seña a Nino y éste, abandonando el mostrador, se situó a un lado de la mesa en tanto que Texas lo hacía en el otro.

Y de súbito, la voz metálica de Jim ordenó:

—¡Arriba las manos, pronto!

Hubo un intento de rebeldía, pero cuatro mortíferos "Colts" les amenazaban fieramente y los seis levantaron las manos sorprendidos y furiosos.

Texas se colocó frente a ellos, ordenando:

—¡Aligérales de peso!

—¡Oh, sí, pobresitos! —exclamó compungido el mejicano—. Deben sufrir horriblemente, creo yo, con tanto hierro a la cintura... ¡*Ajú*!... Lo menos un quintal de ferretería.

—¿Hay cuerda a mano?

—¡*Ajú*! Para atar un rebaño. La he visto ahí dentro.

—Pues vete llevando uno a uno y amárralos como tú sabes.

—Bien, maniato, verás que lindos fardos sé hacer.

Uno a uno los tomó del pelo arrastrándoles tras él y los metió en la trastienda. Diez minutos después, los seis parecían seis talegos alineados en el suelo.

—¿Y ahora qué, *manito*?

—Busca a ver dónde está la llave del establecimiento.

Nino rebuscó hasta descubrirla en el bolsillo de la chaqueta del dueño del local.

—Perfectamente —continuó Texas— coloca este papel en el mostrador. En caso de que sean descubiertos antes de nuestra vuelta, es un aviso para que se los entreguen al *sheriff*. No podemos

entretenernos. Ahora cierra la puerta y vámonos.

—Espera, *manito* —dijo el mejicano— tomaremos medidas.

Sobre un papel escribió algo y cuando se hallaron fuera lo clavo sobre la puerta. El cartel decía así:

CERRADO POR EPIDEMIA
No pasad al interior.
Peligro de muerte.

Y riendo la broma, se guardó la llave marchando tras Texas hacia la estación.

Capítulo IX

Sabotaje frustrado

Llegaron a la estación minutos antes de que arribara el convoy. Este era un tren ganadero y no les costó gran trabajo hallar un vagón plataforma donde acomodar sus caballos.

El tren partía diez minutos más tarde y los dos aventureros viajaban muy contentos del éxito de sus planes y confiando en que el resto no les sería muy difícil de realizar.

De madrugada, el convoy se detenía en la pequeña estación de Barstow y los dos aventureros descendieron de él mirando con desconfianza a su alrededor.

Un grupo de individuos sospechosos que registraban el convoy curiosamente con la mirada, llamó la atención de Texas. Debían estar esperando a Lanley y sus hombres y convenía disipar sus recelos.

Con gesto decidido se adelantó, preguntando:

—¿Esperaban a alguien de Stanton?

Uno le miró torvamente, diciendo:

—Acaso sí...

—Si es a Lanley, nosotros venimos mandados por él.

El individuo se serenó un poco preguntando:

—¿Y Orson y los demás?

—¡Calla, maldita sea mi alma! Lanley se ha tenido que quedar hasta el tren siguiente. Anoche nuestros compañeros se apostaron a ver quién resistía más *whisky* y cuando Orson llegó, estaban todos borrachos como una cuba. No hubo forma de despertarlos. Nos ha mandado por delante y vendrá en cuanto pueda con el resto. El individuo preguntó:

—Está bien, ¿cómo te llamas?

—Bob y este Mendoza —dijo Jim, apresuradamente.

—Pues bien, Bob vamos a la cañada donde nos esperan los demás. Hasta la noche no hay que hacer pero tenemos orden de no salir de allí hasta la hora de dar el golpe.

—Bueno, vamos donde sea —dijo Jim, indiferente.

Abandonaron la estación y dando un pequeño rodeo para alejarse del poblado se dirigieron a unas cortadas por las que se internaron hasta alcanzar una pequeña cañada encerrada entre taludes.

Allí descubrieron hasta dos docenas de individuos, todos de

aspecto inquietante, y Jim frunció el entrecejo. Si surgía algo imprevisto se iban a ver en un aprieto en aquel lugar cerrado y rodeados de tal número de enemigos.

Jim, prudente, desmontó y sin mostrar nerviosismo, recorrió la cañada buscando un lugar donde acampar. Su idea era hacerlo lo más próximo a la salida, para en caso de peligro luchar con la menor cantidad de dificultades. Por fin logró situarse en un buen sitio y Nino tumbándose en la hierba, encendió su pipa y pareció medio amodorrarse, aunque seguía con ojos de lince los movimientos de todos los indeseables allí reunidos.

Texas se hallaba en ascuas. Nada podía hacer mientras no se intentaba el golpe y temía que en aquella larguísima pausa, Zenker o alguien que les pudiera reconocer apareciese por allí y estropease todos sus planes.

Mediada la tarde, el que capitaneaba el grupo se ausentó dejando a otro al cuidado del campamento. Se hallaba un poco nervioso y no se explicaba la tardanza de Lanley, con el que contaba como hombre más eficaz para la realización del proyecto.

La empresa constructora, por insinuación de las autoridades y debido a los varios actos de sabotaje cometidos, había montado una regular guardia en los lugares estratégicos y había que eliminarlas para poder intentar la destrucción de la parte más importante de la presa.

Preocupado, marchó a la cabaña donde se hallaban escondidos Spack, Zenker y Vera. El financiero no había querido darse a ver, primero para que su persona no figurase en aquel asunto y segundo, por temor a la reaparición de Texas, del que no sabían una palabra.

El forajido se entrevistó con Zenker, quien preguntó:

—¿Cómo va el asunto?

—Bien, todo está preparado y cada cual tiene sus instrucciones. Las cargas de dinamita las tenemos a mano y en cuanto alcancemos la parte central, se harán los taladros y se pondrán los barrenos. Creo que con media hora estará todo liquidado.

—¿Están todos nuestros hombres reunidos?

—¿Todos? Faltan cuatro y Lanley.

—¿Cómo cuatro y Lanley? ¿Qué ha pasado con ese maldito pistolero?

—No sé. Parece ser que sus hombres se emborracharon anoche en Stanton y a la hora de tomar el tren no pudo despertarles. Sólo me envió dos, entre ellos un mejicano que debe valer por diez. ¡Es un elefante!

Zenker, sin, saber por qué, sintió un estremecimiento y preguntó:

—¿Un mejicano grande? ¿Ha dicho su nombre?

—Sí; Mendoza. El otro se llama Bob.

Zenker, acometido de una terrible duda, ordenó:

—Descríbame ese par de tipos.

El forajido obedeció y al terminar, Bunker se había quedado densamente pálido.

—Escuche —dijo—. Vuelva inmediatamente a la cañada, mande una docena de hombres a la presa para que empiecen el trabajo y sin contemplación, sin prevenirles, sin que se den cuenta de ello, con media docena de los suyos, acribílleme a tiros a esa pareja. Son dos espías que perdimos de vista y vienen a hacer fracasar todo. Lanley no ha vuelto, porque se lo han cargado y lo mismo, harán con todos vosotros. Corre y obedece que yo iré detrás.

El bandido, furioso, retornó a la cañada y dominando sus nervios, se dirigió a una docena de los suyos y les dio instrucciones. Los forajidos abandonaron la cañada y en ella quedaron únicamente siete, con Texas y Nino.

Éste observó cómo el bandido llamaba aparte a sus compañeros uno por uno y les hablaba en voz baja. La sorpresa de los llamados fue tan grande, que no pudieron evitar volver la vista y mirar con insistencia a la pareja.

Texas, suspicaz, se dio cuenta y dijo al oído de Nino:

—Prepárate, sospecho que o nos han descubierto o recelan algo. Si se acercan en masa, no les pierdas de vista las manos y dispara a los de tu derecha, yo lo haré contra los de mi izquierda.

—Bueno va, *manito*. Me temo que nos vamos a divertir grandemente. Sería cosa linda de verdad merendarnos unos cuantos tipos de estos.

Fingiendo aburrimiento, siguieron los movimientos de los siete indeseables, los cuales, después de su consulta, se alejaron en diversos sentidos, pero poco después, paseando, parecieron coincidir en un mismo punto para situarse en semicírculo frente a la pareja.

Jim tensionó los nervios y susurró:

—¡Cuidado, Nino!

No había terminado la advertencia, cuando en un movimiento mecánico y al unísono, los siete llevaron con rapidez la mano a la cadera, pero cuatro no pudieron separarlas de ella. Los revólveres de Texas y Nino, más veloces que los suyos, ladraron mortalmente y cuatro de los forajidos se doblaron hacia adelante como espigas, al sentir la mordedura del plomo en sus entrañas.

Al tiempo, los dos aventureros se arrojaron a tierra y algunos proyectiles disparados por los otros tres, se clavaron en los cantiles justamente donde segundos antes tenían apoyadas las cabezas, mas, cuando con asombro quisieron observar que no habían hecho

blanco, un diluvio de balas les acogió fieramente y dos cayeron a tierra y el otro, despavorido, corrió al interior de la cañada perseguido por el certero revólver de Nico, hasta que cayó abatido como sus compañeros.

Texas y Nino con las armas empuñadas, avanzaron hacia los caídos. Algunos habían recibido los tiros tan certeramente, que aparecían inmóviles y rígidos, otros se debatían en espasmos agónicos. Texas y Nico no eran hombres de los que desaprovechaban el plomo.

El jefe de los forajidos, con una enorme roseta de sangre en el pecho, pugnaba por incorporarse y disparar. Se sabía próximo a morir y se resistía a irse del mundo sin vengar su muerte.

Texas se acercó a él y aplicándole el revólver a la cabeza, rugió:

—¡Traidor indecente! ¿Creías tan fácil deshacerte de nosotros? Habla y dime quién te ha ordenado intentar esto o por Judas que te levanto la tapa de los sesos.

Un instinto de vivir se apoderó del indeseable, el cual, con voz silbante murmuró:

—Fué... el... el jefe... le dije que Lanley os... había mandado... y al pedir vuestras señas... os reconoció.

—¿Dónde está ese sapo?

—Vendrá... luego... no sé... quizá vaya a... la presa...

—¿Qué va a pasar allí?

—La... volarán... con dinamita... dentro de un rato...

Texas echó un vistazo a los caídos. Sólo dos alentaban. Se volvió fríamente a Nino, diciendo:

—Cuídate de ellos.

—¿Cómo no, *manito*? ¡Ahora mismo! Pero, si yo soy una hermanita de la caridad de cariñoso... ¡Ahora verás!

Y fríamente, aplicó el revólver a la cabeza de los dos que aún respiraban y apagó sus estertores para siempre.

—¡A toda prisa, Nino! Tenemos que llegar a la presa antes de que esos salvajes consigan su propósito de volarla.

Y a todo galope abandonaron la cañada para dirigirse al lugar donde se realizaban las obras.

Habría transcurrido un cuarto de hora de su salida, cuando un jinete se adentró por los farallones con precaución y empuñando una pistola.

Era Zenker que acudía en busca de sus hombres, seguro de que éstos habrían conseguido deshacerse de sus temibles enemigos, pero cuando alcanzó la entrada de la cañada y descubrió los cadáveres de los forajidos cara a la luna que acababa de salir, el cabello se le erizó, perdió el control de sus nervios y lanzando una horrible maldición abandonó a todo galope la cañada, rugiendo:

—¡Por el infierno! Ese hombre es invulnerable. ¡Estamos perdidos si no nos apresuramos a huir de este maldito lugar! Sólo lo siento por el disgusto que se va a llevar Vera... Parece como si el diablo se entremezclase entre los dos para alejarla de mí, cuando más la deseo.

* * *

La grandiosa presa que se construía sobre el Pecos, a un par de millas del poblarlo, era una obra gigantesca cuya utilidad escapaba a toda ponderación.

La construcción, pese a los incidentes y accidentes que habían surgido, adelantaba rápidamente. El embalse estaba ya construido, y las compresas que debían regular el caudal de agua y los riegos, se hallaban a punto de ser inaugurados.

La dilatada mole de las obras se destacaba confusamente en la lejanía, cuando Jim y Nino, a todo galope cabalgaban hacia ella confiando en llegar a tiempo, pero de súbito, el estampido de unas detonaciones que fueron adquiriendo intensidad y vigor, les advirtieron que el ataque había comenzado y que tenían que darse prisa si querían llegar a tiempo de intervenir en él.

En la noche, las saetas rojizas de los proyectiles rasgaban las azules sombras como saetas de fuego y a juzgar por el número de éstas, en la lucha debían intervenir bastantes elementos.

—Bueno, *manito* —comentó Nino—. La fiesta ha empezado, creo yo... Espero que nos divertiremos un ratito a así.

—Todo depende del lugar donde te coloquen el primer tiro, Nino.

—¡Oh, claro! Lo difícil está en que haya algún gringo *pringao* capaz de hacerlo. ¿O es que yo tengo plomo en los dedos para disparar?

Se habían ido acercando hasta el lugar de la lucha con los revólveres empuñados. Jim no quería empezar la pelea sino era sobre seguro y había prohibido a Nino disparar antes que él.

El mejicano no estaba conforme con la orden y gruñó:

—Claro, tú quieres apuntarte más muescas que yo en el revólver. Eso es pelear con ventaja, *manito*.

—No seas cernícalo —repuso Texas—, lo que quiero es abrirnos paso hasta donde pretenden colocar los barrenos. Si empezamos antes la fiesta, nos retrasarán.

—Bueno va, de todas formas pienso ganarte la pelea, Jim. Me corresponden cuando menos diez.

Habían alcanzado los primeros grupos de atacantes cuando les salió al paso uno de los forajidos. Jim levantó el revólver pero el

otro gritó:

—No seas bestia, tú, soy de los vuestros. Vamos, por aquí. Han forzado la defensa que conduce a lo alto de la presa y se están filtrando por ella. Tenemos que entretener a los guardianes que aún quedan.

Media docena de heroicos guardianes mal protegidos por los salientes de cemento, se defendían con tesón. Hombres duros, tasaban su vida a alto precio y sus revólveres tronaban con furia contra la avalancha que les cercaba, ahogándoles.

Texas abarcó el campo de lucha y de súbito gritó:

—¡Adelante, Nino!... ¡Viva Tejas!

El gigante mejicano, que ardía por darle gusto al dedo, hizo ladrar sus imponentes "Colts". Cuatro de los forajidos más cercanos mordieron el polvo, heridos por la espalda antes de tener tiempo a darse cuenta del peligro y otros dos, al volver el rostro hacia él cayeron abatidos de modo fulminante, mientras Texas, desde el otro lado atacaba al resto, sembrando también la muerte y el espanto en sus filas.

Hubo un momento de angustioso pánico entre los forajidos. Más de la mitad se revolcaban en sangre y el resto no veía la forma de eludir aquel ataque inesperado, pues le tenían cortada la retirada.

Se volvieron haciendo fuego. Nino sintió un raspazo en un hombro y lanzando maldiciones en su lengua natal, saltó como un tigre sobre un grupo de tres que se hallaba al borde de la presa y con sus manazas de oso, les impulsó en el vacío, haciéndoles saltar desde una altura de varios metros.

El resto, aterrado, huyó a lo largo del parapeto dando la voz de alarma a los que ya se habían filtrado hacia el centro de la presa y se dedicaban a colocar las mechas junto a la carga, pero Jim se lanzó tras ellos, en tanto que los heroicos guardianes al verse tan inopinadamente auxiliados, corrían en pos de la pareja disparando rabiosamente.

Alguien había encendido dos mechas dejándolas colgar fuera del parapeto para que no pudiesen ser alcanzadas y a todo correr, tratando de hurtar el cuerpo a las balas, huían hacia el otro lado, seguros de que ya nadie podría evitar la voladura.

Texas, dándose cuenta del terrible peligro, rugió:

—Nino, a mí. Ustedes, guarden la entrada para evitar que lleguen refuerzos.

Los guardianes, tumbados sobre la rampa, disparaban para evitar el avance de los que trataban de llegar hasta el centro y Texas dirigiéndose al mejicano, ordenó:

—Nino, rápido, tómame de los pies y sácame al vacío. Tengo que alcanzar esas malditas mechas.

El mejicano no se dio a pensar en el peligro que corría, sino que tornando a Texas como un muñeco por los pies, se asomó al reborde, se tumbó sobre él y con sus poderosos brazos sacó fuera boca abajo el cuerpo de Jim, quien quedó pendiente del abismo rozando el murallón.

Por fin, a costa de grandes esfuerzos y poniendo a prueba los músculos y la terrible fuerza de Nino, consiguió arrancar las mechas cuando ya ascendían rápidas hacia las cargas y arrojarlas al fondo.

Nino, que sudaba como un condenado y estaba rojo por el esfuerzo, le elevó dejándole sobre el cemento el tiempo que murmuraba:

—Bueno, *manito*, creo yo que estás muy gordo para estas fiestas, ¡*repinto*! Me parece que me has hecho crecer los brazos dos yardas o así.

Las balas de los que intentaban forzar el paso silbaban siniestramente y Texas, ansiando acabar con aquella jauría, rugió:

—¡A mí los valientes! ¡Adelante! ¡Viva Tejas!

Como un león se lanzó al encuentro del resto de la partida secundado por Nico y los vigilantes, que electrizados por su ejemplo, se habían crecido en valor y poco después, la rampa presentaba un aspecto impresionante. Más de una docena de pistoleros yacían sobre el cemento en medio de charcos de sangre, mientras los pocos supervivientes huían alocados ante aquel par de colosos que eran como dos terribles cañones vomitando metralla y muerte.

Un cuarto de hora más tarde, la lucha había dado fin. De los veinte vigilantes que tenía la presa, seis habían muerto y ocho estaban heridos, pero más de veinte cadáveres de pistoleros ensangrentaban el terreno y algunos de los que habían conseguido huir a buscar refugio en los montes lejanos, iban muy mal heridos.

El fragor de la lucha había llegado hasta el poblado, del que habían partido algunos voluntarios, temerosos de lo que estaba sucediendo, pero cuando llegaron ya su ayuda física no era necesaria.

Rápidamente se formaron grupos dispuestos a dar una batida en busca de los fugitivos, mientras otros se dedicaban a cuidar a los heridos, algunos en grave estado.

Los elogios a Texas y Nino eran estruendosos. Los vigilantes habían corrido la voz de su magnífica ayuda y todos acudían a felicitarles.

Pero Texas que sentía una preocupación más honda que la de recibir felicitaciones, ordenó:

—Sígueme, Nino. Tenemos que alcanzar a esos dos rufianes antes de que tiendan el vuelo. Esta canallada la han de pagar con su

vida.

Y orientándose en la noche, se dirigió en busca de la cabaña donde suponía escondidos a Spack y su cruel secretario.

Capítulo X

El diablo gana una baza

Rabiosos por la tragedia en la que habían tomado parte, galopaban hacia las afueras del poblado en busca de la cabaña que servía de refugio a aquellas alimañas humanas.

Jim, preocupado por localizar a Zenker, apenas se había dado cuenta de que su compañero sangraba por un hombro. Nino, por su parte, se había limitado a colocar debajo de la manga un pañuelo bien apretado y aguantaba el dolor de la rozadura.

Le preocupaba más una cuenta que estaba tratando de resolver y por fin preguntó:

—¿Cuántas muescas te apuntaste en tú revolver, *manito*?

—¡Yo qué diablos sé, Nino! Eso no me preocupa.

—¡Oh, claro, eres un desordenado! Lo mismo gastas dólares que plomo y no te molestas en apuntarlo. Yo tengo ocho a mi cargo, pero no sé dónde diablos añadirlas. O tengo que ponerle una culata más larga a los revólveres o morder el cañón.

—Hazte un tatuaje en el cuerpo con cada indeseable que mandas al infierno.

—Creo yo que no podría ser, *manito*… ¡Pero si tengo el cuerpo lleno de ellos!

—Pues olvídalos como yo. El día del juicio final, te encontrarás allá arriba con todos y podrás contarlos.

—¿Con todos? Pero, ¿tan grande es ese valle?

—Sí, Nino, sí, es inmenso. En él nos reuniremos todos los mortales.

—Pues si es así… ¿cómo diablos voy a encontrarlos entre tantos, aunque sean muchos?

—No lo sé, pero creo que el diablo lleva la estadística.

—¡Oh, eso es bueno! Supongo que llevará un libro para mí solo.

Jim, conocedor del terreno, se orientó con arreglo a los datos que el bandido le había facilitado y por fin descubrió oculta entre unos árboles al socaire de unos terraplenes, una choza ovejera, medio abandonada.

—Ese debe ser el cubil, Nino —advirtió—. Prepárate porque puede ser que nos reciban con salvas de pólvora.

—¡Bueno va, *repinto*! ¿Acaso nosotros tiramos con galletas?

Texas desmontó a prudente distancia, trabó el caballo siendo imitado por Nino y con los revólveres empuñados se acercaron

sigilosamente a la cabaña.

No se veía luz en ella y un silencio impresionante reinaba en derredor.

Dando un rodeo para no enfrentarse con la puerta, alcanzaron ésta de través y Texas, intrépido, abrió de un feroz puntapié, gritando:

—¡Arriba las manos o disparo!

Un agudo y angustioso grito de mujer respondió a la amenazadora orden y Texas saltando hacia adelante, aprisionó a Vera cuando ésta trataba de hacer uso de su pequeño revólver.

La empujó con violencia escudándose en ella y Nino, que le precedía, saltó como un muelle cayendo sobre Spack y desarmándole cuando éste disparaba sobre él.

Ya impotentes ambos, Texas fríamente ordenó:

—Pasen al interior. Tenemos que hablar.

Sacó un fósforo que encendió. Sobre una tosca mesa encontró un cabo de vela que prendió fuego. Su tétrico resplandor iluminó siniestramente los cerúleos rostros de Spack y su hija.

Texas miró con insistencia a todos lados, preguntando:

—¿Y su angélico secretario señor Zenker, dónde está?

—Búsquelo usted —repuso agudamente Vera.

—Eso tendré que hacer, pero temo que haya puesto muchas millas por medio al conocer su fracaso. Es un muchacho prudente. Temía que todos ustedes se estaban jugando la cabeza y ha preferido poner a salvo la suya importándole poco que la perdiesen los demás.

Vera rechinó los dientes, pero no contestó y Texas, encarándose con Spack rugió con fiereza:

—Señor Spack, es usted el monstruo más grande que he conocido en mi vida. Disculpo a los pistoleros que sin fortuna ni medios de vida, se juegan la cara valientemente para robar un hatajo o asaltar un rancho; detesto con asco y repugnancia a los que como usted, nadando en millones, no dudan en poner su dinero y su influencia al servicio de la maldad para acrecentar su fortuna, aunque sea formando un pedestal con los cadáveres de los que se opongan a sus planes.

"A sus muchos crímenes y latrocinios, puedo añadir como acto principal el hundimiento del "express" de Tejas en el río Sabine, con más de cien víctima, solamente para librarse de mi justicia; ha intentado usted deshacerse de mí, de mi compañero y de su sobrina Stella por varios procedimientos. Negando hasta su propia sangre y sólo por egoísmo de locura, quiso usted que mataran esa infeliz muchacha que no ha cometido más delito que poner en sus manos la fortuna de su padre y ahora para acrecentar sus inmundas

ganancias ha pretendido usted arruinar una región volando la presa y causando varias docenas de víctimas. Pero en el mundo todo se paga.

Ha confiado usted demasiado en su poder, en su dinero, en su influencia y en su cruel secretario y la cuerda se ha roto cuando más debía sostener tanto peso.

Debió usted pensar cuando descubrió quien era yo, que soy un enemigo nada fácil y poco común y retirarse a tiempo. Quizá esto le hubiese salvado la vida, ahora ya nada puede usted hacer sino es ponerse a bien con Dios si le quiere recibir en su seno, porque sobre la tierra ha terminado usted su misión.

Spack palideció al oír la fría amenaza y Vera, emitiendo un grito de desesperada angustia, clamó:

—¡No, no, eso no, por piedad!

—¿La han tenido ustedes de nosotros, de esos infelices que han muerto defendiendo la obra del bienestar y del progreso y la han tenido ustedes sobre todo, de su inocente prima Stella? ¿Qué mal les había hecho a ustedes? Es buena, dócil, cariñosa, resignada… Se sabe dueña de una gran fortuna y con derecho a disfrutarla enteramente libre y ha vivido sometida al martirio de una prisión disimulada y privada de su libertad. No conforme con eso, trataron de presionarla para que hiciese testamento a su favor ¿con qué objeto? Con el de suprimirla después. Aun sin conseguir su cesión, han sido tan crueles, tan miserables, tan despiadados, que intentaron ahogarla en el Sabine para declarar su muerte por accidente y no dar cuentas a nadie de su herencia.

—¡No, no! —clamó Vera, angustiada—. Le devolveremos todo lo suyo, rendiremos cuentas, nos desligaremos de ella, pero la muerte de mi padre no.

—¿Por qué no? Los grandes criminales no tienen posición social ante los tribunales. Son sólo delincuentes.

—¡Pídanos lo que quiera, una indemnización, lo que sea, pero perdónele la vida!

—¿Para qué? ¿Para que vuelva a mostrarse el monstruo que es? ¿Para que intente recuperar lo entregado en menos tiempo todavía? ¡No, no puede ser!

—¡Si…, sí! Mi padre firmará un documenta comprometiéndose a devolver la fortuna de Stella… ¡Lo hará!

Texas se volvió a Spack, que le contemplaba ferozmente y repuso:

—¿Firmará usted eso?

Él vaciló un momento y repuso:

—Sí… firmaré…

—Bien, pero habrá de firmar también que obró de acuerdo con

Zenker y que el hundimiento del tren en el río es cosa de ustedes.

Spack, aterrado, se revolvió, diciendo roncamente:

—¡No, eso nunca!

—¿Qué piensa, entonces?

—Serviría para llevarme a la horca y eso no. Adivino su jugada; devolver la fortuna de Stella, pedirme una indemnización para las víctimas y después de arruinarme, de sacarme todo lo que he ganado luchando rudamente, llevarme a la horca con Zenker. No y no. Prefiero morir, pero no conseguirá esa declaración... No tiene pruebas y sin pruebas, no pueden condenarme... Usted lo sabe y por eso trata de obtenerlas. ¡Jamás! Quizá pueda pedir la revisión de los gastos o empleo de la fortuna de Stella. Eso no me importa; un millón más o menos no tiene valor, pero mi vida sí.

—Su vida no vale más que lo que yo quiera —dijo fríamente Texas—. Está en mis manos y yo sólo puedo tasarla.

—Es, igual. Usted la tasará, pero no me arrancará un solo dólar. La fortuna no podré disfrutarla, pero pasará a manos de mi hija y si mi hija quiere rendir culto a la memoria y al sacrificio de su padre... que lo haga...

No añadió más, pero Texas adivinó lo que con ello quería decir y repuso irónico:

—¿Pretende dejarla en el testamento que luche contra mí hasta exterminarme? Sería gracioso. No he ahorcado aún a ninguna mujer, pero le juro que lo haría sin escrúpulos.

—Bien, eso allá ella. ¡No firmo!

—Bien, en ese caso, no quiero nada. Del asunto de la fortuna de Stella ya me encargaré yo, si no con usted, con su amable hija o quien le herede...

Vera, rabiosa, le escupió a la cara:

—¿La desea para casarse con ella y gozar de lo que su padre le dio ganado?

Texas sintió ganas de abofetearla, pero humorístico repuso:

—Quizá. Yo también soy millonario por herencia y por trabajo, pero unos cuantos millones más no me vendrían mal... Sobre todo gozando del amor de una muchacha tan buena y tan comprensiva como Stella.

Vera sintió como si le clavasen garfios de hierro ardiendo en el corazón y sin poderse contener, alzó la mano y cruzó el rostro de Texas.

Nino saltó sobre ella atenazándola y obligándola a rugir de dolor, pero Jim hizo una seña para que la soltase y comentó:

—No me ofende usted con eso, señorita. Si hemos de pelear a muerte, un bofetón no tiene importancia. Cuando tenga que colgarla todo habrá quedado saldado.

Y dirigiéndose a Spack, gritó:

—¡Pronto! Decídase. Le doy cinco minutos para decidir.

—Está decidido. No firmo esa declaración.

—Perfectamente. Nino, sácale de aquí, busca un buen árbol y cuélgale.

El mejicano preguntó ingenuamente, con candor:

—¿No sería mejor un buen tirito en la cabeza, maniato? Ya sabes que yo soy una hermana de la caridad y que me conmueven ciertos espectáculos...

—¡Basta! Un sapo de esta naturaleza sólo merece la horca. ¡Obedece!

Vera lanzó un grito desgarrador y perdió el sentido y Texas, dejándola abandonada en la cabaña, salió al exterior, donde ya Nino estaba preparando la cuerda para colgar a Spack.

—Bueno, *manito*, aquí hay un árbol que va a protestar de que le adjudiquemos este fruto tan venenoso, creo yo, pero es fuerte.

Colocó al reo la cuerda al cuello y pasó el cabo por la rama. Luego esperó impaciente.

—Por última vez —preguntó Texas—. ¿Firma?

—¡No!

Jim montó a caballo teniendo de la brida el de Nino y ordenó:

—¡Arriba con él y vamos! Tenemos que localizar al chacal de Zenker.

Nino, de un tirón elevó el cuerpo de Spack y montando a caballo salió al galope detrás de Texas, que a pesar de toda su sangre fría no había querido asistir a tan terrible acto de justicia.



Nino de un tirón elevó...

Rápidamente los taludes les ocultaron y apenas habían emprendido el galope, un bulto que permanecía oculto entre unos helechos junto a la cabaña, saltó como una pantera y de un recio tajo de cuchillo cortó la cuerda y tomando el cuerpo de Spack se introdujo en el interior donde aún ardía el cabo de vela.

Al entrar tropezó con el inanimado cuerpo de Vera caída en tierra, pero sin hacer caso de ella dejó el cuerpo de Spack en el suelo y se dedicó con energía a atenderle, tratando de devolverle la respiración.

Fué una lucha titánica contra la muerte. Spack no daba señales de vida y todos los esfuerzos del celoso secretario parecían destinados a ser inútiles.

Pero al cabo de una hora una luz de feroz alegría brilló en sus ojos. El corazón de Spack empezaba a latir, aunque débilmente y Zenker redobló sus esfuerzos para ayudarle a latir.

Por fin, observó que el ritmo era más acentuado y seguro de haberle arrancado a las garras de la Parca, se dejó caer sobre la tierra apoyándose contra la pared, mientras se secaba el sudor que inundaba sus sienes.

En aquel momento el cuerpo de Vera rebulló con nerviosidad y la joven incorporándose como loca, exclamó con voz estrangulada:

—¡Padre!... ¡Padre!

Zenker se incorporó de un salto y se arrodilló junto a ella. Vera

al verle, clavó en él sus ojos con terrible desprecio, rugiendo:

—¡Ahora aparece usted!... ¿Cuándo? ¿Cuándo ya nada ni nadie puede salvar a mi padre?

Él la tomó por las muñecas apretándoselas con terrible fuerza y rugió:

—¡Cállese! No acuse sin razón. He hecho lo que nadie hubiese sido capaz de hacer en el mundo. Me he jugado la vida por ayudarles a ustedes y he salvado de la muerte a su padre cuando ya no tenía remedio.

—¿Qué dice usted ?—preguntó ella enajenada.

—Levántese y vea. Le ahorcaron... ahí tiene la cuerda cortada por mí y en el cuello puede ver las señales. Le colgaron de un árbol y se fueron. Yo estaba escondido al otro lado de la ventana, expuesto a ser descubierto y seguí todo sin ser observado. Admiré a su padre no dejándose intimidar y prefiriendo morir a acusarse y acusarme. Este acto de lealtad merecía otro análogo y apenas montaron a caballo, exponiéndome a ser visto y colgado como él, salté de la zanja, corté la cuerda, le metí aquí y he luchado más de una hora para arrebatárselo a la muerte. Acérquese y vea cómo respira.

Vera, radiante de gozo, se acercó al caído comprobando la verdad de sus afirmaciones. Entonces se volvió a Zenker y tomándole de las manos balbució:

—Gracias, Zenker, gracias. No sé cómo podré pagarle.

—Escuche, Vera—dijo él—. Lo he hecho más que nada por usted, para demostrarle que soy leal y que la quiero de tal modo que haría por usted lo que nadie. Pude evadirme, vivir oculto en cualquier lugar gozando de lo que poseo y he renunciado a esa tranquilidad por usted. Si cree que eso puede tener un premio... sólo aspiro a uno...

Ella se quedó dudando un momento y luego, con fiereza, exclamó:

—Escuche Zenker, no le amaba, no le he amado nunca, creí que no le podría amar jamás, pero esto me ha conmovido de tal modo, que mis sentimientos cambian mucho hacia usted. Creo que le llegaré a amar, voy a intentarlo por todos los medios y quizá lo consiga, pero lo consiga o no, yo me casaré con usted un día, con una condición.

—¿Cuál? —preguntó él anhelante.

—El dia que haya usted suprimido del mundo al capitán Texas y a ese odioso pistolero que le custodia.

Él levantó la mano solemnemente, afirmando:

—Le juro que lo haré y hasta ese día no volveré a molestarla con nuevas declaraciones.

—Pues esta es mi mano —agregó ella ferozmente.

Él la besó con reverencia y luego dijo:

—Tenemos que huir de aquí rápidamente. No espero que regresen en busca del cadáver, pero podía suceder. Hay que salir de Tejas, donde estarán buscándome con ahínco. Tomaremos los caballos e iremos a escondernos en un terreno abrupto que yo conozco y donde estaremos seguros durante algún tiempo. Allí se esconde una persona de mi confianza que me ha servido con lealtad y a la que he librado de la muerte y con él dejaremos pasar la ola de furor por buscarnos. Cuando crean sinceramente que su padre ha muerto saldremos disfrazados y volveremos al Este. Allí... tengo un plan magnífico para despistarles.

—¿Cuál? —preguntó ella, intrigada.

—Hacerles creer que su padre murió, en efecto, y que yo he desaparecido para siempre. Usted volverá a su casa, liquidará su herencia, la colocará de forma que un día no puedan apropiarse de ella y luego.... Alquilará usted una casa que yo le diré para vivir usted sola. Esto les engañará, no nos verán a ninguno más, pero en la casita que hay a la espalda y que también es mía, viviremos su padre y yo, nos comunicaremos con usted a través de ella y nadie sospechará nuestra presencia. Entonces... ¡Oh, entonces planearemos una serie de golpes terribles y jamás sospecharán de dónde proceden! Nos haremos dueños de América, asolaremos cuanto hay que asolar ganaremos millones y millones y el día que Texas haya desaparecido del mundo, nosotros, con nuestro capital, abandonaremos América, nos iremos y viviremos felices para nuestro amor.

Zenker hablaba con exaltación de demente. Realmente debía estar trastornado. Era un megalómano tocado de delirios de grandeza y Vera, extasiada, le oía asombrándose de la energía, la audacia, el tesón y la voluntad de aquel ser repugnante, que nació para el mal y que de haber nacido para el bien hubiese sido uno de los más grandes genios de su patria.

F I N